OLMEDO BELUCHE

EL SUEÑO INCONCLUSO DE BOLÍVAR

Panamá y el Bicentenario del Congreso Anfictiónico de 1826

EL SUEÑO INCONCLUSO DE BOLÍVAR

El sueño inconcluso de Bolívar
© 2026 | Olmedo Beluche

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Primera edición: 2026

ISBN: 978-9962-28-247-1

Diseño y diagramación:
304 dpi Studio™

Diseño de portada
304 dpi Studio™

Impreso por la Imprenta Universitaria
de la Universidad de Panamá

OLMEDO BELUCHE

EL SUEÑO INCONCLUSO DE BOLÍVAR

Panamá y el Bicentenario del Congreso Anfictiónico de 1826

Contenido

Presentación 9

PRIMERA PARTE
BOLÍVAR Y LA IDEA DE LA UNIDAD AMERICANA

La Carta de Jamaica y la unidad latinoamericana 21

Una biografía política de Simón Bolívar.....41

SEGUNDA PARTE
EL CONGRESO ANFICTIÓNICO DE PANAMÁ

El Congreso Anfictiónico de Panamá
La unidad latinoamericana. ¿Utopía bolivariana o posibilidad real? 51

La ciudad de Panamá y el Congreso Anfictiónico de 1826 73

TERCERA PARTE
VIGENCIA DEL PENSAMIENTO BOLIVARIANO

Organicemos un Congreso Anfictiónico latinoamericano, bolivariano, antiimperialista y popular para enfrentar al neo monroísmo agresivo de Trump y los gobiernos lacayos 83

Vigencia de la unidad bolivariana para hacer frente al corolario Trump de la Doctrina Monroe 87

La conmemoración del Bicentenario del Congreso Anfictiónico organizada por el gobierno panameño ha sido una traición a Simón Bolívar.....99

Estrategia de Seguridad Nacional EE. UU. 2025. Trump, entre lo que quiere y lo que puede.....111

Presentación

Simón Bolívar, probablemente, jamás se imaginó que sus ideas emancipatorias, de unidad de los territorios y pueblos al Sur del Río Bravo, perduraran en el tiempo, se estudiaran, debatieran, resurgieran y estuviesen tan vigentes, después de 200 años de su estratégica apuesta por concretar una gran asamblea por y para el fortalecimiento de las independencias hispanoamericanas, alejadas del yugo imperialista que asomaba sus garras, envolvía en su rejuego a la sumisa oligarquía y a quienes se sometían a sus designios con discursos y acciones colonialistas, durante el siglo XIX en que le tocó vivir a plenitud.

Bolívar, seguramente, no se sorprendería que fuese un panameño, sociólogo y politólogo marxista, quien, utilizando el materialismo histórico como herramienta de estudio para comprender las verdaderas realidades sociopolíticas de cada época, fuese una de las personas que con mayor claridad objetiva, se dedicara a analizar el pensamiento bolivariano examinando críticamente los procesos políticos que contextualizaron el siglo XIX, sus reminiscencias en el XX y la nueva espiral que se cierne en los pueblos de nuestra América en este incierto panorama del vigésimo primero de los siglos. Estoy segura de que se sentiría reivindicado por traerlo al presente a través de esta obra llena de docencia para el devenir de las presentes y futuras generaciones.

El doctor en Ciencias Sociales y Humanidades, Olmedo Ernesto Beluche Velásquez, nos privilegia en este significativo libro que compila con ocho artículos escritos en diferentes fechas e ilustran, de una manera prístina, ágil, didáctica y comprensiva, los hechos que acompañaron a Bolívar previo y posterior a la tan programada asamblea realizada entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826, en el Istmo de Panamá, trasladándonos del siglo XIX a la actualidad casi fotográficamente, dejando la claridad de que esas mismas aspiraciones y luchas siguen tan vigentes como entonces.

El profesor de Teoría Sociológica en la Escuela de Sociología de la Universidad de Panamá, Olmedo Beluche, dedica esta obra a Bolívar, en el marco del Bicentenario del Congreso Anfictiónico de Panamá, con la esperanza de que los diferentes movimientos sociales y en particular, las nuevas generaciones, rescaten su ideario independentista y antiimperialista, que hoy se requiere sostener, en medio de una situación de retrocesos en materia de derechos humanos y violación de las soberanías nacionales, todo lo contrario a lo que aspiraba El Libertador, en sus ideales de autonomías para las repúblicas independientes por las cuales luchó y a las cuales advirtió de los intereses que avizoraban los Estados Unidos de América.

Es indispensable recorrer las lecturas de estos artículos que nos orientan y nos transportan al pasado y traerlos a colación, por lo cual mencionamos los títulos y las ideas centrales que el autor nos brinda en esta obra bolivariana, dividida en tres partes.

En **La Carta de Jamaica y la unidad latinoamericana**, título con el cual inicia este libro, escrito en 2015, el autor reflexiona con preguntas necesarias para comprender lo que quiere señalar el Libertador en este documento, que

escribió Bolívar el 6 de septiembre de 1815: *"¿Para quién fue escrita la Carta de Jamaica?"* y seguidamente responde que *"Formalmente la Carta fue dirigida al comerciante inglés Henry Cullen, radicado en Jamaica, que previamente le dirige una serie de preguntas sobre la situación en Hispanoamérica que dan pie al análisis de Bolívar. Pero la Carta trasluce la sagacidad política del Libertador que, hablándole a Cullen, pretende por su intermedio hacer llegar sus ideas al gobierno británico y al conjunto de Europa."*

Y sin dudarlo, nos relata *"La coyuntura política en que fue escrita la Carta de Jamaica":*

"Bolívar dicta esta Carta a su secretario, Pedro Briceño Méndez, en Kingston, Jamaica, a donde ha llegado, a comienzos del año 1815, exiliado luego de la derrota de la Primera y la Segunda República en Venezuela, y de la ofensiva contrarrevolucionaria lanzada por la monarquía española en la Nueva Granada con el sanguinario general Morillo".

En el artículo, cuya publicación data de 2006, Olmedo Beluche nos traslada a la temática que culmina en la pregunta que hoy más que entonces resurge en un nuevo contexto, el cual requiere las respuestas de los movimientos sociales de la región latinoamericana y caribeña: "El Congreso Anfictiónico de Panamá. La unidad latinoamericana. ¿Utopía bolivariana o posibilidad real?"

"Parecía llegado el momento de consolidar y cimentar sobre bases firmes la decena de jóvenes repúblicas que acababan de nacer. Era la hora de construir y dejar atrás la fase destructiva que toda revolución conlleva. Había que unirse y reforzarse, pues los peligros acechaban a los inexpertos estados: la anarquía interior, la posibilidad de invasiones

de reconquista por parte de Fernando VII apoyado por la Santa Alianza europea, la voracidad comercial del imperio británico y de los ya temibles Estados Unidos."

Como una necesidad impostergable y de la cual intenta dar respuesta a la pregunta anterior, Beluche propone la urgencia de unificación de los pueblos a través de sus principales organizaciones, para contrarrestar las nuevas intenciones imperialistas de colonización, a través de la actualización de la Doctrina Monroe, por lo que expone en el siguiente enunciado un llamado: "Organicemos un Congreso Anfictiónico latinoamericano, bolivariano, antiimperialista y popular para enfrentar al neomonroísmo agresivo de Trump y los gobiernos lacayos":

"Hace 200 años, en 1826, el Libertador Simón Bolívar convocó en Panamá un Congreso "Anfictiónico" de los estados nacionales latinoamericanos recién independizados para defenderse de dos enemigos: la Santa Alianza europea que amenazaba esa independencia apoyando a la monarquía absolutista española y al naciente coloniaje imperialista de Estados Unidos, cuyo presidente James Monroe había dictado en 1823 su Doctrina Monroe, "América para los americanos", es decir para ellos."

La situación de retrocesos en derechos, como los avances del monroísmo combatido por Bolívar, acrecientan la gravedad de los acontecimientos y Olmedo Beluche demuestra la "Vigencia de la unidad bolivariana para hacer frente al corolario Trump de la Doctrina Monroe" lo cual le hace reflexionar frente a los acontecimientos que marcaron las traiciones a Bolívar, llevando al fracaso del Congreso Anfictiónico y se sometieron a los designios del nuevo imperio emergente:

"Quienes aspiramos a no ser esclavos del imperialismo anglosajón del norte de América, quienes soñamos con que algún día se materialice en realidad la democracia, las libertades democráticas, los derechos humanos, la independencia nacional, el desarrollo económico humano y sostenible, la autodeterminación de los pueblos, una sociedad más justa y equitativa, desde Latinoamérica y el Caribe, debemos siempre remontarnos a Bolívar y al Congreso de Panamá de 1826, como fuente de inspiración."

Con la marcada lógica marxista, como quien retrata el pasado y lo plasma en la actualidad, alude a que: "La conmemoración del Bicentenario del Congreso Anfictiónico organizada por el gobierno panameño ha sido una traición a Simón Bolívar". En este artículo, que recomiendo leer con mucho detenimiento, hay varias discusiones interrelacionadas que facilitan la comprensión conceptual de las decisiones políticas imperialistas, por ejemplo, hace la debida diferencia entre panamericanismo y bolivarismo, dos conceptos que se confrontan:

"Panamericanismo" es lo opuesto al "bolivarismo" que inspiró al Congreso de Panamá de 1826. El objetivo propuesto por El Libertador, Simón Bolívar, hace 200 años era que las recién independizadas repúblicas hispanoamericanas concretaran un tratado de unidad (confederación) política y militar para defenderse mutuamente de cualquier amenaza a la independencia recién alcanzada. Es decir, el bolivarismo, como doctrina, implica unidad para ser independientes de cualquier potencia extranjera, mientras el panamericanismo nos hace supeditados y dependientes de Estados Unidos."

En ese sentido, recuerda a un cúmulo de personajes de nuestra América, que se manifiestan contra el panamericanismo, como José Martí, entre otras y otros. Sin embargo, un hecho

poco conocido en Panamá es la postura de Alfredo Palacios, *"quien había sido un referente del movimiento de Córdoba de 1918, y que se convirtió en el primer diputado socialista del continente."*

Palacios había sido parte de la denuncia internacional contra la intervención norteamericana y el gobierno de Rodolfo Chiari durante la huelga inquilinaria de 1925. Como si nada hubiese ocurrido, el gobierno de turno, a través de Octavio Méndez Pereira, quien ha generado sorpresas por su lamentable y antinacional papel cuando fue secretario de instrucción pública, invitó a Palacios a la *"conmemoración del Centenario del Congreso Anfictiónico". Y por supuesto, "Palacios rechazó esta invitación públicamente denunciando la represión contra el Movimiento Inquilinario señalando el carácter de colonia del imperialismo yanqui y la actitud indigna del gobierno de Chiari. Palacios denunció que la conmemoración organizada por el gobierno panameño era "un simple disfraz del imperialismo", al igual que los otros eventos panamericanos que conspiran contra "el porvenir de nuestra raza" al impedir que la tarea espiritual de los latinoamericanos se desarrolle, dejándose dominar pasivamente por la fuerza de su poder material"* (Pita, 2016).

La historia se repitió igual, el año 2025 fue el escenario represivo contra la clase obrera y sindical y este año 2026, el gobierno actuó de la misma forma que el de Rodolfo Chiari.

Continuando con los aportes presentes en este magnífico libro, Olmedo presenta con entusiasmo Una biografía política de Simón Bolívar, basada en el libro **Él es la revolución**, del historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy. Biografía política de Simón Bolívar, que recomienda y señala el porqué:

"Lo importante de este libro, y lo que le permite hacer una sinopsis biográfica certera, es que adopta un método de análisis marxista alejándose de las tradicionales apologías. Este enfoque también permite eludir la trampa de las supuestas e inexistentes identidades nacionales pre-independencia, y de la clase social criolla como supuesta constructora de esas naciones. Las historias basadas en enfoques chauvinistas y exaltaciones a las oligarquías nacionales no explican las contradicciones sociales reales, las largas y cruentas guerras civiles, el fracaso del proyecto bolivariano de unidad, tanto de Colombia como del Congreso de Panamá de 1826, ni los limitados alcances sociales y políticos de la postindependencia."

Un punto obligado que no dejó pasar en blanco mi querido autor, guardando los tiempos, es el mismo que Bolívar vio con sospecha desde un inicio, el papel de los Estados Unidos en la región con su: "Estrategia de Seguridad Nacional EE. UU. 2025. Trump, entre lo que quiere y lo que puede", donde advierte de su significado y relativa importancia:

"*Es un documento que hay que tomarlo en serio porque demuestra que, aunque los gestos del actual presidente norteamericano son grotescos y vulgares muchas veces, estamos ante un proyecto serio de reconfiguración del orden mundial en muchos aspectos distinto a lo que veníamos viendo en los últimos 30 o 40 años."*

Es importante lo que trae a colación, el director del Centro de Investigaciones de la Facultad de Humanidades (CIFHU) de la Universidad de Panamá, Olmedo Beluche, en su escrito relativo a La ciudad de Panamá y el Congreso Anfictiónico de 1826, situando la temática ambiental, geográfica y sanitaria como problemas de índole política que justificarán el cambio

de sede del Istmo de Panamá para culminar en Tacubaya, México, lo que pareciera haber generado la desconfianza en Bolívar, a pesar de que en 1825 también El Libertador visualizó la situación de insalubridad y las circunstancias inhóspitas del istmo panameño que lo hicieron tener como segunda opción a Quito. Sin embargo, el autor se hace una pregunta que analiza:

"Ese traslado a México, por sí mismo, además del debate sobre los alcances concretos de lo rubricado por los delegados, parece ser una de las razones de que no haya sido ratificado el "Tratado de Unión, Liga y Confederación", y de que el sueño bolivariano de unidad no se haya cumplido. La pregunta que surge es: ¿Sacar el Congreso de Panamá obedeció a razones puramente ambientales, referidas a la situación calamitosa de la capital del Istmo? ¿O, tal vez hubo una intención política de alejar la Asamblea o Congreso de Colombia, y con ello, de Simón Bolívar? ¿O ambas cosas?"

La valiosa exploración y contribución sociohistórica, realizada por el escritor Olmedo Beluche, tanto en este específico libro, como en otras producciones bibliográficas, especialmente en el de **Independencia hispanoamericana y lucha de clases** (2012)[1], son aportes desde una mirada marxista, que le da el soporte científico al conocimiento histórico, sin claudicarle a la historia oficial que no cuestiona y busca dejar por fuera a las verdaderas y verdaderos protagonistas, que hoy como ayer siguen en pie de lucha a 200 años del Congreso Anfictiónico de 1826, tal cual nos concluye Beluche:

1 Beluche, Olmedo. **Independencia hispanoamericana y lucha de clases**. CIFHU – ALAS. https://libreriacentros.clacso.org/publicacion.php?p=2702&cm=998&oi=

"Por otro lado, la aspiración bolivariana a la unidad y la libertad de nuestras naciones no pereció con el Libertador, ni mucho menos con el Congreso Anfictiónico; por el contrario, se ha mantenido firme y permanente entre nuestras clases populares y trabajadoras,... del continente."

Briseida Barrantes Serrano
Secretaria de Relaciones Internacionales
Colegio de Sociología y Ciencias Sociales de Panamá

PRIMERA PARTE

Bolívar y la idea de la unidad americana

La raíz política del proyecto continental

La "Carta de Jamaica" y la unidad latinoamericana

Hace doscientos años, el 6 de septiembre de 1815, el Libertador Simón Bolívar, ponía su rúbrica a uno de los documentos más importantes de la revolución independentista hispanoamericana, que ha pasado a la historia como la "Carta de Jamaica". Bajo la forma de una misiva, Bolívar realiza un análisis de situación de la Guerra de Independencia en todo el continente a ese momento, traza algunos esbozos programáticos y pronostica el curso de los acontecimientos de manera bastante certera.

A pesar de sus pocas páginas, la "Carta de Jamaica" prueba la profunda erudición de su autor, no sólo respecto a la situación de la lucha en todas las regiones de Hispanoamérica, en un momento en que las comunicaciones eran lentas y difíciles, sino que muestra un profundo conocimiento de historia universal y propia, así como de la filosofía política ilustrada europea. El documento también trasluce la hermosa prosa que caracteriza a toda la obra política, diplomática, jurídica del Libertador.

En ella aparece un Bolívar maduro que, en cuanto a pensamiento y compromiso, ha alcanzado y tal vez superado a otros próceres contemporáneos suyos, que en ese momento o estaban presos o muertos, como Francisco de Miranda, Antonio Nariño, Mariano Moreno o Miguel Hidalgo.

Para comprender la Carta, es indispensable tener en cuenta dos elementos que hacen al contexto: primero, a quién iba dirigida,

lo que da cuenta de para qué fue escrita; segundo, por qué estaba Bolívar en Jamaica.

Luego está el problema de la interpretación de lo que propone la Carta. Habitualmente se dice que en ella Bolívar establece el objetivo de la constitución de un gran estado nación hispanoamericano, desde México hasta Argentina y Chile. A nuestro juicio, Bolívar juega con esa idea como algo deseable, ideal, pero lo descarta por impracticable, y asume la interpretación de que el continente se dividirá en unas 15 o 17 repúblicas independientes.

La unidad que propone es la de una alianza o confederación de repúblicas, para asuntos políticos, económicos y militares, como diez años después intentará concretar en el Congreso Anfictiónico de Panamá, idea contra la que conspiraron y siguen conspirando las oligarquías locales aupadas por Estados Unidos.

Las citas que hacemos en este artículo, usando la gramática original, se basan en una hermosa y reciente publicación realizada por el gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, con base en el manuscrito original y completo, encontrado por el historiador ecuatoriano Amílcar Varela Jara, en 2014, en el Fondo Jacinto Gijón del Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador[1].

Continúa de esta manera la tarea de divulgación masiva y popular del pensamiento bolivariano que se propuso el presidente Hugo Chávez Frías.

1 Bolívar, Simón. **Carta de Jamaica. 1815-2015**. Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica. Colección Unidad Nuestra América. República Bolivariana de Venezuela, 2015.

¿Para quién fue escrita la Carta de Jamaica?

Formalmente la Carta fue dirigida al comerciante inglés Henry Cullen, radicado en Jamaica, que previamente le dirige una serie de preguntas sobre la situación en Hispanoamérica que dan pie al análisis de Bolívar. Pero la Carta trasluce la sagacidad política del Libertador que, hablándole a Cullen, pretende por su intermedio hacer llegar sus ideas al gobierno británico y al conjunto de Europa.

Este objetivo se evidencia cuando dice: "*La Europa haría bien á la España en disuadirla de su obstinada temeridad.... La Europa misma por miras de sana política, deberia haber preparado y ejecutado el proyecto de Yndependencia Americana; no solo por que el equilibrio del mundo así lo exije, sino por que este és el medio lejitimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio*" (p. 14).

Luego agrega un reproche: "*... nosotros esperabamos, con razon, que todas las naciones cultas se apresurarian á auciliarnos, para que adquiriesemos un bien cuyas ventajas son reciprocas á entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuan frustradas han quedado nuestras esperanzas; no solo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmobiles espectadores de esta contienda...*" (Loc. cit.).

Previamente se ha preguntado: "*Y, ¿la Europa civilizada, comerciante y amante de la Libertad, permite que una vieja serpiente, por solo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro glovo? Qué! ¿está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ojos para ver la justicia? ¿tanto se ha endurecido, para ser de éste modo insensible? Estas cuestiones, cuanto mas las medito, mas me confunden...*" (p. 13).

Bolívar explica con un análisis objetivo lo inevitable del triunfo de la Independencia por la que lucha: *"¡Que demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la America sin Marina, sin tesoros y casí sin Soldados!, pues los que tiene, apenas son bastantes para retener á su propio pueblo en una biolenta ovediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿Podrá esta Nacion hacer el Comercio esclusivo de la mitad del Mundo sin Manufacturas, sin producciones territoriales, sin Artes, sin Ciencias, sin politica? Lograda que fuese ésta loca empresa, y, suponiendo mas aun, lograda la pacificacion, los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los Europeos reconquistadores, ¿no volverian á formar dentro de veinte años, los mismos patríoticos designios que ahora están combatiendo?"* (pp. 13-14).

Es importante considerar que, en la primera fase de la independencia, la política de Inglaterra hacia Hispanoamérica estaba atravesada por su alianza con el régimen español, en la entidad denominada la Regencia, que representaba a la Monarquía (el rey estaba preso en Bayona), contra la Francia de Napoleón Bonaparte. De ahí que, por lealtad a ese pacto, los ingleses se abstuvieron de dar mayor apoyo a Bolívar y demás insurrectos contra el régimen colonial español. Esta situación empezaría a cambiar con la restauración de Fernando VII, lo que posibilitaría apoyos políticos, económicos y hasta militares que recibió Bolívar de los ingleses en la segunda parte de la lucha, a partir de 1817.

Otra consideración más profunda que la que aquí podemos hacer, merecería la política de Estados Unidos en ese momento, pero diez años después, cuando se realizó el Congreso Anfictiónico de Panamá, en 1826, ya Bolívar era consciente, y así lo expresaba, que ese país aspiraba a imponer su hegemonía sobre el conjunto del continente

debilitando la unidad de Hispanoamérica. Por eso propuso que a Panamá se invitara a los ingleses como aliados, pero no a los Estados Unidos. Por supuesto, el gobierno oligárquico de Francisco de Paula Santander, que ya jugaba al golpe de estado contra Bolívar, desoyó esa instrucción.

La coyuntura política en que fue escrita la Carta de Jamaica

Bolívar dicta esta Carta a su secretario, Pedro Briceño Méndez, en Kingston, Jamaica, a donde ha llegado, a comienzos del año 1815, exiliado luego de la derrota de la Primera y la Segunda República en Venezuela, y de la ofensiva contrarrevolucionaria lanzada por la monarquía española en la Nueva Granada con el sanguinario general Morillo.

En ese momento, mediados de 1815, la revolución independentista parece derrotada por todos lados, salvo Buenos Aires. Era el final de la primera fase de la Independencia, la restauración de Fernando VII en el trono español y la anulación de la Constitución de Cádiz, pálida esperanza de un régimen liberal mediante una monarquía a la inglesa.

Es importante recordar que la primera república venezolana, encabezada en su fase final por Francisco de Miranda, fue derrotada por la combinación de, una sublevación realista dirigida por el general Monteverde desde occidente contra Caracas, y una sublevación de esclavos negros que por oriente amenazaba la ciudad. Frente a las dos amenazas, y derrotado militarmente por los realistas, Miranda optó por entregar la ciudad a Monteverde.

Posteriormente, recuperada la república (segunda) después de la "Campaña Admirable" de Bolívar, ésta se va a perder producto de una masiva sublevación de esclavos y llaneros,

dirigida por el realista Tomás Boves, a mediados de 1814[2].

La derrota de la Segunda República y de Simón Bolívar por una revolución de esclavos negros y llaneros, las capas sociales más explotadas y discriminadas de la sociedad colonial, hecho frecuentemente oscurecido para idealizar la figura del Libertador y de la Independencia, es un dato importante porque mata el mito, construido con posterioridad, de una supuesta "unidad nacional" entorno a la lucha anticolonial.

Otro tanto podría decirse del apresamiento de Antonio Nariño en el sur de la Nueva Granada, por una tropa de indígenas al servicio del ejército realista y traicionado por sus aliados criollos, para quienes éste era demasiado radical y expresaba los intereses de las clases más explotadas, los artesanos de Bogotá[3].

Esos hechos demuestran que la Revolución Independentista de Hispanoamérica no tiene nada que ver con "nacionalismos", menos con "unidad nacional" de naciones que no existían como ahora se interpretan. Las ideologías nacionalistas fueron construidas después de la independencia.

La independencia fue una revolución política contra un régimen de absolutismo monárquico, en que las capas sociales superiores y medias luchaban por sus derechos políticos: unos, los "mantuanos" o criollos, moderados en política, aspiraban a una monarquía constitucional; otros, los profesionales y capas medias, radicales, a una república independiente.

---

2 Uslar Pietri, Juan. **Historia de la rebelión popular de 1814**. EDIME. Caracas-Madrid, 1962.

3 Liévano Aguirre, Indalecio. **Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia**. Círculo de Lectores, S. A. Bogotá, 2002.

Por debajo de ellos, y recelando de ellos, las clases explotadas y excluidas de la vida política, las "castas": esclavos negros, indígenas y mulatos y mestizos de toda índole, aspirando a mejorar sus vidas y deseosos de ser tomados en cuenta, generalmente percibiendo como enemigo principal a los criollos, sus explotadores directos (descendientes de los conquistadores y encomenderos), y como aliada lejana a la monarquía española que creían protectora[4].

La restauración de Fernando VII, en 1814, la anulación de la Constitución de Cádiz, la dura represión personificada en Morillo en Venezuela y Nueva Granada, que alcanzó por igual a moderados, radicales y desengañó a las castas, terminaría por unir a todas esas clases consolidando la independencia de España en la segunda fase, entre 1818 y 1825.

Influyó que Bolívar comprendiera que debía darse una política frente a los esclavos (libertad a los esclavos que se unieran al ejército libertador, no a todos los esclavos) y las demás castas explotadas de la sociedad colonial, si quería ver triunfar definitivamente la independencia. Conciencia de esa necesidad que maduró el Libertador durante su exilio, en Jamaica, pero especialmente en Haití, a donde llegó en diciembre de 1815, país en el que recibió el apoyo del general haitiano Alexandre Petion.

En conclusión, Bolívar escribe la Carta de Jamaica exiliado en un momento de derrota de la revolución independentista. Derrota debida al conflicto de intereses entre las diversas clases sociales que conformaban la sociedad colonial hispanoamericana, que chocaron entre sí y no encontraban

4 Beluche, Olmedo. **Independencia hispanoamericana y lucha de clases**. Segunda Edición, corregida y aumentada. Editorial Cultural Portobelo. Biblioteca de Autores Panameños No. 64. Panamá, marzo de 2012.

un programa y un liderazgo común. Esa primera fase, llena de contradicciones sociales que facilitaron la derrota a manos del ejército realista se conoce en la historia de Colombia como "la patria boba".

Sólo una nueva circunstancia, en la que él se mostraba optimista en esta carta, que permitiera superar las divisiones, haría posible mediante un programa político común dejar atrás esa fase de estancamiento y dar pasos hacia la victoria definitiva. Fue este exilio de Bolívar y esas reflexiones la que ayudaron sin duda al proceso de superación de la fase inicial de la independencia.

Bolívar, las clases populares y el gobierno "justo y liberal"

Pese a que, al inicio de la Carta, Bolívar rescata como propia la historia de las civilizaciones precolombinas, y el destino trágico de sus habitantes y de reyes, como Atahualpa, Montezuma y otros, la identidad social con la que Bolívar se autoreferencia en la Carta, es clara, y no se refiere en general al mestizaje, sino al criollismo como clase social:

"Mas nosotros, que apenas concervamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos Yndios ni Europeos, sino una especie media entre los lejitimos propietarios del pais y los usurpadores Españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa..." (p. 17).

En otra parte denunciando los derechos perdidos, bajo los Borbones, que los Reyes Católicos y Carlos V, en un "*Contrato–social*", le habían concedido a los conquistadores que gobernasen como si "*fuesen señores de la tierra*", que "*organisasen la administracion, y ejerciesen la judicatura en apelacion*", ya que hacían la Conquista por su cuenta

y riesgo. "*El Rey se comprometió, á no enagenar jamas las provincias Americanas, como que á el no tocaba otra jurisdiccion que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal que allí tenian los conquistadores para sí y sus descendientes*" (p. 19).

Lo cual se complementa con otra afirmación que realiza más adelante, refiriéndose al Perú y su posible evolución política: "*El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo regimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo, rara vez alcansa á apreciar la sana libertad; se enfurece en los tumultos, o se humilla en las cadenas...*" (pp. 27-28).

En la tónica civilizatoria que se conocería décadas después como postivismo, Bolívar dice, respecto de Colombia: "*Los Salvajes que la habitan serian civilizados, y nuestras poseciones se aumentarian con la adquisicion de la Guagira*" (p. 26).

A donde queremos llegar con esta parte del análisis es a establecer algunos elementos claves del contexto:

1. La lucha por la independencia expresó en momentos distintos los intereses de las diversas clases sociales internas, que muchas veces chocaron entre sí.

2. Bolívar, y por extensión la mayoría de los próceres de la independencia hispanoamericana expresaban el sector ilustrado de la clase de los criollos o, en los casos más radicales (a veces el del propio Bolívar) de las capas medias (abogados, intelectuales, etc.). El pueblo y las castas (esclavos, indígenas, pardos) eran vistos como clases subalternas, lo cual se prueba en múltiples hechos

posteriores, como el fusilamiento de Manuel Piar, en 1817, acusado de intentar establecer una "Pardocracia" y quitar el mando a Bolívar.

3. Lo más importante, el pensamiento político de la Ilustración, en boga a inicios del siglo XIX, que compartían Bolívar y demás luchadores de la independencia, no implicaba una democracia como ahora en el siglo XXI se entiende, ni siquiera implicaba el derecho al voto universal, ni menos el derecho formal de las clases explotadas o castas de ocupar cargos públicos. El ejército libertador fue la única institución que permitió movilidad social ascendente a los "pardos" y por eso el sector "bolivariano" del mismo tendió a expresar políticamente a esos sectores populares.

4. El régimen ilustrado, podía tener la forma de una monarquía o una república, pero debía ser "justo y liberal", como dice Bolívar, siguiendo a Montesquieu. Es decir, un régimen basado en el equilibrio de los poderes públicos (más adelante citaremos cual cree Bolívar el más apropiado) y libertad de comercio. En palabras de Bolívar: "*Venezuela exigió un Gobierno democrático y Federal; declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el Equilibrio de los poderes y estatuyendo Leyes generalez a favor de la libertad Civil, de Ymprenta y otraz...*" (p. 20).

La lectura literal de este programa, mencionado en la Carta, produce la falsa impresión de que estos derechos debían alcanzar a todos los individuos de la sociedad por igual, pero no es así. En todas las constituciones políticas de esa época el sufragio siempre tuvo restricciones, por lo general limitado a quienes pagaban impuestos (lo que daba un carácter de clase

y sesgaba a las clases populares) así como el acceso a los cargos públicos. A lo que hay que agregar que la esclavitud no fue eliminada por la independencia, sino que persistió hasta mitad del siglo XIX. De ahí que sea un anacronismo pretender dotar a Bolívar de aspiraciones seudosocialistas que no tenía.

La visión política del Libertador

"*Los acontecimientos de la tierra firme nos han provado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas á nuestro caracter*" (p. 22), dice Bolívar en la Carta.

Aclaremos de salida que, pese a esta opinión, Bolívar se opone tajantemente a cualquier forma de Monarquía y se inclina por la forma de República, cuya estructura describe al hablar de Colombia, la fusión de la Nueva Granada y Venezuela, que él vaticina y levanta como programa, como veremos más adelante. En el mismo sentido, defiende tenazmente un régimen centralista y se opone fuertemente al federalismo, cuyos defectos pudo apreciar en la Nueva Granada (p. 25).

La base para tan pesimista criterio la encuentra en el ejemplo venezolano de división de partidos e intereses, encontrando asidero teórico en Montesquieu, quien alega que es más difícil sacar a un pueblo de la servidumbre, que subyugar a uno libre. "*Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lanze á la esfera de la libertad, sin que, como a Ycaro, se le desagan las alas y recaiga al abismo? Tal prodigio e inconcebible, nunca visto. Por consiguiente no hay un raciocinio verocímil que nos alhague con esta esperanza*" (p. 23).

Luego analiza país por país y vaticina el posible curso político que puedan tener:

1. México, tendría una forma representativa con un poder ejecutivo fuerte concentrado en un individuo (no se puede no pensar en Iturbide), cuya autoridad podría ser vitalicia si actúa con acierto y justicia, de lo contrario, el poder se diluirá en una Asamblea y, si el poder militar y aristocrático es fuerte es probable una Monarquía (no se puede dejar de recordar la dramática historia mejicana del siglo XIX) (pp. 25-26).

2. Los estados "*del Ystmo de Panamá hasta Goatemala formarán quisá una asociacion*", y así fue, sólo que sin Panamá, que formaba parte de la Nueva Granada o la Gran Colombia. Agrega la siguiente frase, muy al gusto panameño, aunque no es referida solo Panamá, sino a toda Centroamérica: "*Esta magnifica posision, entre los dos grandes mares, podrá ser con el tiempo el emporio del Universo. Sus canales acortaran las distancias del Mundo: estrecharan los lazos comerciales de Europa, América, y Asia, traeran á tan felis region los tributos de las cuatro partes del Globo; ¡Acaso allí podra fijarse algun dia la Capital de la tierra! como pretendió constantino (sic) que fuese Bisancio la del antiguo hemisferio*" (p. 26). En gran medida acertó hasta en 200 años de adelanto, salvo la frase optimista de que a "tan feliz región" llegarán los tributos del globo.

3. De *Buenos Ayres* pronostica un gobierno central con primacía militar, "*por consecuencia de sus diviciones intestinas y guerras eternas*", que podría degenerar en una oligarquía o "Monocracia" (p. 27).

4. "*El Reyno de Chile está llamado por la Naturaleza de su situacion...* (y) *el ejemplo de sus vecinos los fieros*

Republicanos del Arauco, á gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces Leyes de una Republica" (p. 27).

5. Sobre Perú es lo contrario de optimista, ya hemos mencionado los enemigos que tiene ese país a su criterio (el oro y la esclavitud): "*Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democrácia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia. Los primeros preferirian la tirania de uno solo, por no padeser las persecuciones tumultuarias...*" (pp. 27-28).

6. Hablando de Colombia, surgida de la unión de Venezuela y la Nueva Granada, Simón Bolívar describe su ideal de forma de gobierno: "*Su gobierno podrá imitar al Yngles, con la diferencia de que en lugar de un Rey, habrá un poder ejecutivo electivo cuando mas vitalicio, y jamas hereditario si se quiere la Republica, una Camara o senado lejislativo hereditario que, en las tempestades politicas se interponga entre las olas populares y los rayos del Gobierno; y un Cuerpo lejislativo de libre eleccion, sin otras restricciones, que las de la Camara baja de Ynglaterra... Como ésta es mi patria, tengo un derecho incontestable para desearla lo que en mi opinion es mejor*" (pp. 26-27).

Más o menos esta es la descripción de lo que plasmaría diez años más tarde en la Constitución Política que redactó en Bolivia, con Sucre, y que le ganó la furia de la oligarquía colombiana, que lo acusó de dictador. Respecto a Colombia, falla en vaticinar una capital en Maracaibo, y acierta en que Nueva Granada se desmembrará para formar un estado aparte, dado el peso del federalismo allí, que se opondría a un gobierno centralista.

Bolívar deseaba la unidad de Hispanoamérica pero no veía factible un solo estado

Uno de los equívocos usuales respecto al texto de la Carta de Jamaica es la creencia de que en ella se desarrolla la idea de constituir un solo estado nacional, desde México hasta Argentina. Pero es todo lo contrario, Simón Bolívar considera ese objetivo como deseable, pero imposible de realizar. Por ende, bien leídos, los párrafos que aluden a esa idea son negativos, pesimistas respecto a ella.

A veces también se señala al Congreso Anfictiónico de Panamá, de 1826, como el intento de Bolívar por concretar la idea de la unidad continental bajo la forma de un solo estado nacional, supuestamente vaticinada en la Carta de Jamaica. Pero es importante aclarar que, como estado nación unificado, la aspiración en la que se enfrascó el Libertador, fue la unidad entre la Nueva Granada y Venezuela, bajo la denominación de Colombia o Gran Colombia. Ecuador entró en la ecuación porque parte de su territorio era una capitanía del virreinato de la Nueva Granada.

Cuando Simón Bolívar y el mariscal Sucre culminaron el proceso de independencia, liberando a Perú y Bolivia en 1825, el Libertador redactó una Constitución Política con la pretensión de crear un estado nacional, con un gobierno centralizado, que incluyera a la Gran Colombia y a esos dos territorios recién independizados (Perú y Bolivia). Sin embargo, inmediatamente las oligarquías de Bogotá, personificada por Santander[5], y los burgueses peruanos, a los que se sumaría Páez en Caracas posteriormente, empezaron a sabotear el proyecto hasta hacerlo fracasar.

5 Gómez, Laureano. **El final de la grandeza**. Editorial Hojas e Ideas. Santa Fe de Bogotá, 1993.

En ese marco se da la convocatoria y realización del Congreso Anfictiónico de 1826 en Panamá. Pero la idea no era conformar un solo estado nación, con un gobierno central, sino la de establecer una alianza político militar, una confederación de mutuo apoyo en caso de que España intentara una invasión de reconquista con el apoyo de las fuerzas reaccionarias de la Santa Alianza europea.

La intención de Bolívar con el congreso de Panamá era organizar la alianza defensiva frente a la alianza reaccionaria que acababa de restaurar nuevamente el absolutismo español en la persona de Fernando, luego de tres años de gobiernos liberales encabezados por el general Riego. El sabotaje de las oligarquías regionales a todos los intentos unitarios de Bolívar, incluyó desde el fracaso del propio Congreso Anfictiónico, la expulsión de las tropas libertadoras de Lima, pasando por una guerra absurda entre Perú y la Gran Colombia, el asesinato de Sucre, el intento de asesinato del propio Libertador, en 1828, hasta que finalmente renunció harto de todo en 1830.

Pese a que la idea del Libertador de unidad o alianza continental fuera saboteada y anulada en aquella época, y haya seguido siendo socavada a lo largo de doscientos años por las mismas clases oligárquicas de entonces, que aún perduran, la grandeza del pensamiento bolivariano es que la misma resurge constantemente y con mayor fuerza cada vez, como el mítico Ave Fénix, en el siglo XXI encarnada por organismos como el ALBA o la CELAC. De manera que esa pequeña idea que quedó plasmada en la Carta de Jamaica, que se transformó en el norte programático por el que luchó toda su vida Simón Bolívar, sigue iluminando la acción de las generaciones actuales de latinoamericanos que lucha por la segunda y definitiva independencia.

Dice Bolívar: "*Es una Ydea grandiosa pretender formar de todo el nuevo mundo, una sola nacion con un solo vinculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbrez y una Religion, deberia por consiguiente tener un solo Gobierno, que confederase los diferentes estadoz que hayan de formarse...*" (p. 28).

Enseguida dice con toda claridad: "*mas no es posible, por que climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen á la America*" (Loc. Cit.).

Y culmina con la frase tan gustada por los panameños, pero dicha en tono de deseo (el Congreso Anfictiónico, al reunirse parece confirmarla, pero al fracasar también confirma la justeza y objetividad de Bolívar, al ver impracticable ese estado nación unificado):

"¡Que bello seria que el Ystmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los Griegos! ¡ojalá que algun dia tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los Representantes de las Republicas, Reynos e Ymperios á tratar y discutir sobre los altos intereses de la Paz y de la Guerra, con naciones de las otras partes del Mundo. Esta especie de Corporacion podrá tener lugar en alguna epoca dichosa de nuestra regeneracion: otra esperanza es infundada; semejante á la del Abate Sanct. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso Europeo, para desidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones" (pp. 28-29).

Previamente ha analizado la posibilidad de que aparezca un sólo estado nacional, bajo la forma de un Imperio, cuya metrópoli sólo podría ser México, e incluso especula que podría hasta establecer su capital en Panamá, por la

equidistancia, pero enseguida lo descarta porque padecería los mismos problemas que en ese momento disuelven el sistema colonial español (pp. 23-24).

Simón Bolívar expresa su convicción de que se conformarán entre 15 y 17 estados o repúblicas independientes: "*Mister. de Pradt ha dividido sábiamente á la America en quince ó dies y siete Estados, independientes entre sí, gobernados por otros tantos Monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto á lo primero, pues la America comporta la creación de diez y siete Naciones; en cuanto á lo segundo, aun que es mas facil conceguirlo, es menos util; y a sí, no soy de la opinion de las Monarquias Americanas*" (p. 24).

El párrafo faltante de la Carta de Jamaica

Como hemos dicho al inicio, la edición que reseñamos contiene la versión original y completa de la Carta de Jamaica encontrada en Ecuador por el historiador Amílcar Varela Jara, la cual contiene un párrafo faltante en la anteriores ediciones en lengua española, pero que sí aparecieron en las inglesas.

El párrafo alude a preguntas de Henry Cullen respecto a si una motivación de los americanos meridionales para luchar por su independencia se encontraría en ideas místicas respecto al retorno de dioses salvadores, y la restauración de reinos perdidos o resurrección de liderazgos mesiánicos que el fanatismo religioso podría transformar en acción de colectiva de los pueblos.

Toda la respuesta razonada de Bolívar, que ocupa las páginas 29, 30 y 31, dan cuenta de las convicciones ateas o, cuando más librepensadoras, del Libertador. Aunque menciona el uso de la imagen de la virgen de Guadalupe por los patriotas mejicanos, descarta en términos generales que una creencia

mística vaya a ser el motor de la lucha. Como hombre moderno, liberal e ilustrado, afirma: "... *la union no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sesnsibles y esfuerzos bien dirijidos*" (p. 31).

En el párrafo faltante dice: "*Por otra parte, el tiempo de las apariciones ha pasado; y aun que fuesen los americanos mas supersticiosos de lo que son, no prestarian fe á las supercherias de un Ynpostor, que seria tenido por un cismático ó por el Anticristo anunciado en nuestra Religión*" (p. 30).

Es interesante preguntarse por qué desapareció ese párrafo de las ediciones del siglo XIX de la Carta de Jamaica. Solo cabe especular que, cumplida la independencia, pero derrotado Simón Bolívar y sus aspiraciones modernizantes, para establecer un sistema político justo y liberal, basado en la división de poderes, las oligarquías descendientes de los encomenderos instauraron regímenes tiránicos que apelaron a la tradicional maquinaria de la Iglesia Católica para mantener sujetos a los pueblos en una ideología de la sumisión. Tal vez para esos jerarcas católicos, el párrafo en cuestión sería un poco fuerte.

Culminemos con Bolívar:

Cuando los sucesos no están asegurados; cuando el estado es debil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan, y los enemigos las animan para triunfar por éste facil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nacion liberal que nos preste sus proteccion; se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen á la gloria; entonces seguiremos la marcha magestuosa acía las grandes

prosperidades á que esta destinada la America meridional, entonces las ciencias y las artes, que nacieron en el Oriente, y han ilustrado á la Europa, volarán á Colombia libre que las convidará con su asilo (p. 31).

Panamá, 1 de septiembre de 2015.

Una biografía política de Simón Bolívar

El historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy presentó en 2025 un nuevo libro, a mi juicio imprescindible, como todos los de este autor, titulado Él es la revolución. Biografía política de Simón Bolívar, con Monte Ávila Editores Latinoamericana y el Centro de Estudios Simón Bolívar. En 252 páginas, 14 capítulos, más prefacio, introducción, epílogo y bibliografía, presenta el autor una biografía breve pero enjundiosa de El Libertador.

Sergio Guerra Vilaboy, a quien recién pude conocer hace un par de años, y cuya obra he descubierto en el último año, es doctor de historia por la Universidad de Leipzig, Alemania, profesor titular y director del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, Cuba. Entre otras cosas, ha publicado: "El Dilema de la Independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790–1826)" (2000), "Miranda en Cuba: un capítulo decisivo" (2005), "Cubanacan, la nación imaginada. Derrotero de Soles y Rayos de Bolívar" (2024).

Como indica Sergio Guerra, "él es la revolución", es la expresión sintética del temible mariscal español Pablo Morillo, que usó para describir a Bolívar luego que lo conociera personalmente el 27 de noviembre de 1820 para firmar el Armisticio y Regularización de la Guerra. La biografía política que propone es un repaso apretado de las fases de maduración del pensamiento político y social de

Simón Bolívar, desde su juventud mantuana hasta convertirse en el "genio militar, brillante estadista y comprometido luchador social" en la plenitud de su vida, aunque acosado por enemigos y problemas insolubles para su época.

Lo importante de este libro, y lo que le permite hacer una sinopsis biográfica certera, es que adopta un método de análisis marxista alejándose de las tradicionales apologías. Este enfoque también permite eludir la trampa de las supuestas e inexistentes identidades nacionales preindependencia, y de la clase social criolla como supuesta constructora de esas naciones. Las historias basadas en enfoques chauvinistas y exaltaciones a las oligarquías nacionales no explican las contradicciones sociales reales, las largas y cruentas guerras civiles, el fracaso del proyecto bolivariano de unidad, tanto de Colombia como del Congreso de Panamá de 1826, ni los limitados alcances sociales y políticos de la postindependencia.

Siento una gran satisfacción al encontrar en el libro de Sergio Guerra Vilaboy la confirmación de mis conclusiones generales en el libro ***Independencia hispanoamericana y lucha de clases***, publicado por CLACSO-ALAS.

El enfoque que permite comprender el proceso que culminó en la independencia del sistema colonial español lleva en cuenta, en primer lugar, la existencia de clases sociales y cómo éstas fueron cambiando en sus opiniones y demandas políticas conforme evolucionaban los acontecimientos: los funcionarios del sistema monárquico absolutistas (miembros de las audiencias reales, altos militares y del alto clero), criollos (o mantuanos en la jerga venezolana) grandes propietarios de haciendas esclavistas y comerciantes, las castas (mestizos), indígenas y esclavizados.

Las etapas del proceso: 1808-1810, con la invasión napoleónica, la desaparición de la monarquía y la creación de la Junta de Sevilla; 1810–1811 o 1812, la creación de las Juntas Gubernativas y el inicio de la ruptura independentista (fase llamada de "la patria boba" en Colombia); 1813–1817, restauración del absolutismo con Fernando VII y derrota de los republicanos; nuevo auge revolucionario y crisis del sistema monárquico en América a partir de 1818 a 1826.

Este método permite entender la política exterior inglesa, que entre 1808 y 1815 define a los monárquicos españoles como aliados, por lo cual no avalan los intentos independentistas en América y la fase posterior a la derrota de Napoleón cuando sus propios intereses comerciales los llevan a cambiar de bando y apoyar a los sectores independentistas de Hispanoamérica.

La primera realidad que hay que comprender es que, contrario a lo dicho en algunas "historias nacionales", los criollos ni eran "ilustrados", ni querían la independencia, pues temían que las ideas igualitaristas de la Revolución Francesa permearan en las sociedades que ellos dirigían con fuerza de trabajo esclava e indígenas en situación de servidumbre. Ya habían visto un anticipo en la Independencia de Haití (1804), y eso es lo que más temían.

Por eso, de 1808 a 1810, se oponen a la invasión francesa de España y a la monarquía modernizante que les propone José Bonaparte desde Madrid. Durante esa fase, al igual que en España, la independencia lo es contra Francia. Posteriormente, ante la desaparición de la Junta de Sevilla y el surgimiento del Consejo de Regencia, entre 1810 y 1814, la mayoría de los criollos se hicieron "juntistas" y no independentistas, es decir, querían Juntas Gubernativas en

las que ser parte del poder político junto a los monárquicos absolutistas.

Fue la radicalidad con que los sectores absolutistas de la monarquía en América se opusieron a cualquiera reforma y a compartir el poder con los criollos lo que fue alimentando al sector más radical, originalmente intelectuales y militares de capas medias, que sí eran republicanos y que al principio el proceso eran una minoría.

Los mitos construidos por las "historias nacionalistas" pretenden que ya tenían preconcebida en su mente la idea de la independencia próceres como Hidalgo, al que inventan que dijo en El Grito de Dolores "Viva México"; y a Bolívar que en el Juramento del Monte Sacro (1805) ya tenía clara la idea de luchar por la independencia de Venezuela.

Contrario a las tradicionales apologías, el libro de Sergio Guerra V., nos muestra la evolución de un hombre que, como era lógico, empieza pensando igual que la clase a la que pertenecía, los mantuanos esclavistas, y va evolucionando conforme se radicaliza la situación y él se convierte en la figura central de la emancipación.

Sobre el "juramento de Monte Sacro", Sergio Guerra nos aclara que eso lo dijo Simón Rodríguez cuando ya era un viejo de 80 años, y Bolívar llevaba muerto buen tiempo. Si eso fuera cierto, dice Guerra, Bolívar habría sido un "precursor" como Francisco de Miranda y Antonio Nariño. Y luego cita una carta de Bolívar a un amigo en la que da opiniones negativas sobre la expedición de Miranda de 1806 para liberar a Venezuela que tuvo la oposición de la clase de los mantuanos (pp. 25-26).

Otro aspecto clave del libro de Sergio Guerra V. es que demuestra que el fracaso, tanto de la primera como de la segunda república en Venezuela, se debió a la falta de un programa social que incorporara a los explotados, especialmente a los pardos y a los esclavos en la zona de Venezuela, así como de liberar a los indígenas de las cargas de la servidumbre en la zona andina. Esa situación permitió a las fuerzas realistas utilizar a los sectores más explotados de la sociedad contra quienes veían como sus enemigos de clase directos, los criollos, que encabezaban los primeros intentos independentistas.

Es en el exilio caribeño y en su relación con el presidente de Haití, Alexandre Petion, que Simón Bolívar comprende la importancia de relacionar la independencia y la república con la liberación de los esclavos. A partir de 1817, con la expedición de Los Cayos, Bolívar reiteradamente decretó la liberación de las personas esclavizadas, lo que le permitió sumarlos al ejército libertador y poco a poco cambiar la correlación de fuerzas.

Hay que aclarar que esta política fue reiteradamente saboteada por los criollos aliados de Bolívar en cada región y cada vez que fueron proclamadas las constituciones políticas (Angostura, Cúcuta, etc.), en Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. El libro que reseñamos describe de manera brillante este proceso que derivó en unas independencias nacionales que castraron su programa social, con lo cual la sociedad surgida de la independencia cambió poco al respecto.

Esa es la causa de las guerras civiles que asolaron el continente a lo largo del siglo XIX, las cuales deben interpretarse como intentos por completar las revoluciones inconclusas de la independencia.

El sabotaje de los grandes propietarios y comerciantes no se quedó en el programa social soñado por Bolívar, sino que se extendió a sus intentos de forjar tanto estados nacionales grandes y poderosos como de lograr acuerdos políticos y militares para la defensa mutua (como en el Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826).

Sergio Guerra muestra el pérfido papel de las clases criollas, desde los políticos corruptos aliados de Francisco de Paula Santander, en Bogotá, como de los latifundistas y comerciantes peruanos, para sabotear primero la Confederación de los Andes y luego la propia Colombia, inventando argumentos revestidos de apariencia "democrática" y "liberal" acusando a Bolívar de "dictador" y al ejército libertador y su oficialidad de supuestos delitos, para debilitarlo y disolverlo. Siendo que el ejército fue la única entidad de esas sociedades donde las castas pudieron aspirar al ascenso social y la participación política.

Los criollos, que nunca fueron ni consecuentes republicanos, ni independentistas, al final del proceso, lograron mediatizar la revolución social que fue parte esencial de la guerra civil que culminó en la Independencia. Como explicamos en nuestro libro ***Independencia hispanoamericana y lucha de clases***, se verificó el proceso del péndulo revolucionario (esquema utilizado para interpretar las revoluciones francesa y rusa) en que éste osciló de un extremo al otro para volver a un estado aparentemente inicial, pero no el mismo.

Como dice Sergio Guerra V., pese al sabotaje del programa social de la revolución bolivariana, nuestras sociedades de todas maneras habían cambiado, tanto en las mentalidades, como en las formas de gobierno y de explotación ya no fueron las mismas: la monarquía y los títulos nobiliarios

desaparecieron, se estableció el sistema republicano, desaparecieron formas de explotación como la mita, y a la larga la esclavitud, así como la sociedad jerarquizada en el sistema de castas.

El legado de Simón Bolívar es claro, y su ejemplo perdura en las luchas que tenemos en este siglo XXI, por alcanzar esos dos objetivos finales que están entrelazados: la segunda Independencia (del imperialismo norteamericano) y la revolución social que elimine toda forma de explotación.

Panamá, 22 de febrero de 2026.

SEGUNDA PARTE

El Congreso Anfictiónico de Panamá

El Istmo como escenario de la unidad continental

El Congreso Anfictiónico de Panamá

La unidad latinoamericana

¿Utopía bolivariana o posibilidad real?

Entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826, se reunió en Panamá el Congreso Anfictiónico, el cual tenía el gran objetivo de crear una confederación de los pueblos iberoamericanos, desde México hasta Chile y Argentina. Era el momento cumbre de las revoluciones independentistas hispanoamericanas. Simón Bolívar y el mariscal Antonio Sucre, acababan de liberar el Alto Perú (Bolivia), último bastión del realismo español en el continente. Salvo Cuba y Puerto Rico, toda la América hispana era finalmente libre, luego de décadas de sangrientas guerras contra el poder colonial.

Parecía llegado el momento de consolidar y cimentar sobre bases firmes la decena de jóvenes repúblicas que acababan de nacer. Era la hora de construir y dejar atrás la fase destructiva que toda revolución conlleva. Había que unirse y reforzarse, pues los peligros acechaban a los inexpertos estados: la anarquía interior, la posibilidad de invasiones de reconquista por parte de Fernando VII apoyado por la Santa Alianza europea, la voracidad comercial del imperio británico y de los ya temibles Estados Unidos.

El Congreso Anfictiónico de Panamá fue, a la vez, la culminación del máximo sueño de Bolívar y el comienzo de su fracaso. Esta magna asamblea debía fundamentar una gran confederación que, por extensión, población y riquezas naturales jugaría un papel de primer orden el mundo, puso al descubierto todas nuestras debilidades. Frente a la gran capacidad visionaria del Libertador, sin duda el hispanoamericano más preclaro de su tiempo, se opuso la cortedad de miras de oligarquías regionales de latifundistas y comerciantes supeditados a los capitalistas extranjeros. Mal que, ciento ochenta años después, todavía nos aqueja.

Pero la aspiración legítima a la unidad latinoamericana, el "sueño" de Bolívar, no ha muerto, sigue presente y activo en la lucha de los oprimidos del continente, de sus clases trabajadoras. Frente a la continuada supeditación de nuestros países al interés extranjero, llevada a cabo por gobiernos que, en esencia, son biznietos de los Santander, La Mar, Rivadavia, etc., que traicionaron a Bolívar; hoy los pueblos de Cuba, Venezuela y Bolivia nos muestran el camino de la anfictionía bolivariana. Frente al saqueo continuado, ahora bajo la forma del ALCA o los TLC's, ahí está el ALBA para mostrarnos que otra Hispanoamérica es posible.

La lucha por la libertad siempre estuvo asociada a la idea de la unidad

A decir de los historiadores Celestino Araúz y Patricia Pizzurno, la idea de la unidad hispanoamericana estuvo siempre en las mentes de los libertadores. Desde "el Precursor", Francisco de Miranda, cuando en 1791 en su **Carta a los Americanos** hablaba de "formar de la América una grande familia de hermanos"; pasando por la **Declaración de los derechos del pueblo de Chile**, en 1811, que invocaba la unidad continental para hacer respetar su soberanía; hasta

en los primeros documentos del Libertador, como la **Carta de Jamaica** de 1815.

La idea de la confederación no implicaba para Bolívar el desconocimiento de las particularidades regionales, las dificultades geográficas y las diferencias económicas. En la **Carta de Jamaica**, éste reconoce la posibilidad que, de la independencia lleguen a surgir hasta 15 ó 17 estados "independientes entre sí". Bolívar visualiza la consolidación de seis repúblicas principales: México, Centroamérica (incluyendo al Istmo de Panamá), la Gran Colombia (de la unidad de la Nueva Granada y Venezuela), Perú (incluyendo lo que sería luego Bolivia), Buenos Aires y Chile.

Estas repúblicas habrían de conformarse siguiendo la tradición del *uti possidetis iuris*, es decir, manteniendo la conformación política que le dio la administración colonial española a sus enormes posesiones en América. Sus gobiernos deberían ser centralistas, a criterio de Bolívar, ya que, para él, el federalismo a ultranza fue la causa de la división y fracaso de las primeras repúblicas proclamadas hacia 1810, período que se ha dado en llamar en Colombia de la "patria boba".

Eso sí, el Libertador rechaza tajantemente la idea de sujetarlas bajo un régimen monárquico. Principio que sostuvo hasta el final de sus días, pese a que reiteradamente le fue propuesto proclamarse emperador, como Napoleón. Siempre se mantuvo ferozmente republicano, aunque fuera bajo un régimen con libertades recortadas, por temor a la anarquía.

Cuando, en la **Carta de Jamaica**, el Libertador especula con la idea de crear una sola nación continental adquiere un tono más bien escéptico, veamos:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América".

Por eso, cuando a partir de 1824, frente a una América casi completamente liberada, Bolívar retoma la idea para concretarla, no está pensando en crear un solo estado nacional bajo un gobierno presidido por él, como falsamente adujeron oligarcas extranjerizantes, como Rivadavia para justificar el boicot al Congreso Anfictiónico. Más bien tenía en mente una Liga o Alianza que fuera política, económica y militar, sin que ello significara la disolución de los gobiernos y repúblicas que le conformaran.

Por ello dice, en su **Carta de Jamaica**:

"¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate de St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones".

Convocatoria del Congreso de Panamá

Apenas consolidada la Gran Colombia, y como su presidente, Bolívar realiza una primera convocatoria en 1822, sin mucho éxito, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, para reunir una asamblea "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

El 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, como jefe de estado de Perú, Simón Bolívar dirige una convocatoria a los gobiernos de Colombia la Grande, México, el Río La Plata, Chile y Guatemala (América Central), para instalar una Asamblea de Plenipotenciarios en Panamá, para "obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino...".

Sobre los objetivos de esta asamblea, dice: "Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español".

Sobre la elección del sitio, lo sustenta en los siguientes términos:

"Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino,

colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia, para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades; y, por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de confederados".

¡Qué lejos estaba Bolívar de saber que, en esos tiempos, Panamá era una ciudad malsana, sucia y atestada de mosquitos que atacarían sin piedad a los delegados, produciendo en su séquito más de una muerte por malaria y fiebre amarilla! Situación que los llevó a apresurar los debates, tomar decisiones superficiales y reconvocarse, para o volver a verse, en otro lugar más benigno, como Tacubaya en México.

A inicios de 1826, en unas notas tituladas **Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá**, Bolívar visualizaba:

"Este Congreso parece destinado a formar la liga más vasta, o más extraordinaria o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra. La Santa Alianza será inferior en poder a esta confederación...".

Y lista diez objetivos concretos que aspiraba salieran del cónclave, entre ellos: que las naciones independientes estarían ligadas por una "ley común que fijase sus relaciones externas"; lo cual forzaría a España a reconocerlas y hacer la paz; la conservación del orden interno, dentro de cada estado y entre sí, de modo que "ninguno sería más débil", manteniendo un "equilibrio perfecto"; que la fuerza de todos concurran en auxilio de un ataque externo o de "facciones anárquicas"; se alcanzaría la "reforma social" bajo un "régimen de libertad y paz"; no habría diferencias "de origen y de colores"; aunque

agregaba, que "tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitadores" (indígenas).

Bolívar frente a Inglaterra, Estados Unidos y Europa: Un aspecto frecuentemente incomprendido, o malintencionadamente interpretado, ha sido la importancia que Bolívar daba a las relaciones con la Gran Bretaña. Los cipayos que históricamente nos han supeditado a los intereses imperialistas han querido justificar sus actos en la doctrina bolivarista. Algunos han querido sostener sobre este hecho el posterior "panamericanismo", de inspiración y hegemonía norteamericanas. Nada más falso.
Para el Libertador, establecer unas relaciones internacionales privilegiadas con el imperio británico tenía propósitos tácticos, con miras a consolidar la independencia de las nuevas repúblicas, en primer término; crear las bases de un desarrollo económico y comercial, que sólo podía provenir de ella en aquel tiempo; y recibir el influjo de sus instituciones políticas estables, a las cuales admiraba, con excepción de la monarquía.

A mediados de los años veinte del siglo XIX, el mayor enemigo de las nuevas naciones seguía siendo España, bajo la monarquía de Fernando VII, restaurada y apoyada por la llamada Santa Alianza de las potencias europeas, constituidas por regímenes reaccionarios, consolidados después de la derrota final de Napoleón. Santa Alianza que abarcaba desde la restaurada monarquía borbónica en Francia, hasta la atrasada Rusia zarista, pasando por las monarquías centro europeas de Prusia y Austria.

La relación privilegiada con Gran Bretaña, por parte de Bolívar, buscaba un poderoso aliado que le permitiera confrontar a España y la Santa Alianza que, en ese momento, hacían planes concretos para invadir América hispana y restaurar el

régimen colonial. De ahí que para Bolívar una condición *sine qua non* para el éxito del Congreso Anfictiónico era, no sólo la asistencia de Inglaterra, sino su adhesión a los acuerdos que de allí emanaran.

En **Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá**, luego de considerar la potencialidad de la confederación que habría de crearse, la condicionaba a "siempre que la Gran Bretaña quiera tomar parte de ella, como Miembro Constituyente". Ello permitiría que España hiciera la paz "por respeto a Inglaterra", lo cual forzaría a la Santa Alianza a reconocer a las nuevas repúblicas. A cambio, Gran Bretaña obtendría "ventajas considerables", como acrecentar su influencia en Europa, "la América se convertiría en un opulento dominio de comercio", centro de sus relaciones entre Asia y Europa.

Que esta relación privilegiada con Inglaterra no era, para Bolívar, un estado permanente de supeditación queda claro en una carta que dirige a Santander desde Cuzco, el 28 de junio de 1825:

"...Nuestra federación americana no puede subsistir, si no la toma bajo su protección la Inglaterra; por lo mismo no sé si sería muy conveniente, si la convidásemos a una alianza ofensiva y defensiva. Esta alianza no tiene más que un inconveniente y es el de los compromisos en que nos puede meter la política inglesa; pero este inconveniente es eventual y quizás remoto. Yo le opongo a este inconveniente esta reflexión: la existencia es el primer bien y el segundo es el modo de existir; si nos ligamos a la Inglaterra existiremos y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente. Luego es preferible el primer caso. Mientras tanto creceremos, nos fortificaremos y seremos verdaderamente naciones para cuando podamos tener compromisos nocivos con nuestra aliada. Entonces nuestra

propia fuerza y las relaciones que podamos tomar con otras naciones europeas nos pondrán fuera del alcance de nuestros tutores y aliados" (Araúz y Pizzurno).

Para él se trata de una alianza motivada por las circunstancias del momento, para ganar tiempo y fortaleza para las nuevas repúblicas. Otra cosa era la política bolivariana hacia Estados Unidos, al que no se debía invitar al Congreso Anfictiónico.

Su rechazo a la presencia de Norteamérica se debía fundamentalmente a que no quería ofender a Inglaterra, que esperaba fuera la aliada fundamental. Aunque ya caracterizaba a aquel país y su gobierno, del que diría en 1829, en una carta al embajador inglés (rechazando su oferta de dejar un monarca europeo al frente de Colombia ante su ya previsible retiro político): "...Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad".

En esto, como en todo lo demás, el vicepresidente Santander actuaría como un judas, traicionando la opinión de Bolívar e invitando a Estados Unidos al Congreso de Panamá.

El presidente norteamericano John Quincy Adams enseguida aceptó la invitación e instruyó a sus delegados para que rechazaran "toda idea de un Congreso Anfictiónico investido con poderes para decidir las controversias entre los estados americanos para regular de cualquier forma su conducta" (el "divide y vencerás" ya era parte de su doctrina continental); impedir el surgimiento de nuevas colonias europeas ("América para los americanos", del norte, por supuesto); e impedir cualquier expedición liberadora a las últimas colonias españolas, Cuba y Puerto Rico (¿ya planeaban la guerra de 1898?). Por suerte, los delegados yanquis

no pudieron estar presentes en el Congreso, dado que uno falleció (R. Anderson, embajador en Bogotá) y el reemplazo, J. Sergeant, no llegó a tiempo.

Por su parte, el primer ministro británico Canning, a decir de Jorge Abelardo Ramos, designó a Mr. Edward J. Dawkins, con precisas instrucciones para enfatizar que el Congreso Anfictiónico debía respetar las leyes marítimas inglesas e impedir a toda costa una confederación encabezada por Estados Unidos. Este último sí estuvo presente en las sesiones, y entre sus influencias negativas se cuenta la insistencia para que Hispanoamérica indemnizara a España por la independencia.

Las oligarquías y los imperios conspiran contra el Congreso Anfictiónico

La propuesta del Congreso fue acogida con beneplácito por los patriotas de todos lados. José Cecilio del Valle, a la cabeza del gobierno de Centroamérica, ya desde noviembre de 1823, aceptó la invitación hecha por Bolívar en 1822. Otro actor importante lo fue el canciller de México, Lucas Alamán, quien era un firme partidario de la unidad hispanoamericana, aunque desde una perspectiva política bastante conservadora.

El gobierno de México, junto al de Colombia, fueron los pilares fundamentales de la convocatoria del Congreso de 1826. El cuarto gobierno en aceptar y acudir fue el de Perú, dirigido en ese momento por el propio Bolívar. De modo que se hicieron presentes en Panamá: Mariano Michelena y José Domínguez, en representación de México; Antonio Larrazábal y Pedro Molina, por Centroamérica; Lorenzo Vidaurre y José M. Pando, por Perú; y los anfitriones colombianos, el canciller Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez.

Chile, que había respaldado la idea durante el mandato de O'Higgins, finalmente no asistió, pues éste había sido desplazado del poder por los latifundistas a causa de sus medidas anticlericales. Brasil, que también fue invitado, y que había aceptado, no concurrió, aunque sí lo hizo el patriota José Ignacio Abrau e Lima, "o General das Massas". El Paraguay, presidido por el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, ya había iniciado su política de aislamiento y autarquía, que duró hasta 1865, cuando su país fue arrasado por una invasión brasileño argentina auspiciada por Inglaterra.

A decir del historiador argentino, Jorge Abelardo Ramos, quienes se resistieron desde un inicio a la convocatoria del congreso fueron los gobernantes de Buenos Aires, ciudad que ostentaba la representación de las relaciones extranjeras de las Provincias Unidas del Río de La Plata. Allí, bajo la influencia de Rivadavia, fue acogido fríamente el enviado de Bolívar, Joaquín Mosquera. Rivadavia, era agente directo de la oligarquía comercial porteña, supeditada a sus amos ingleses y norteamericanos. Ya tenían como precedente el haber abandonado a su suerte al general San Martín, negándole cualquier apoyo material para continuar su gesta liberadora en Perú.

El gobierno porteño se mantuvo renuente a designar sus delegados al Congreso, hasta que se enteró de que los ingleses asistirían. J. A. Ramos, cita una misiva del embajador inglés a al primer ministro Canning, en la que sostiene que Rivadavia le había dicho, hablando del Congreso de Panamá: "La presencia de un agente británico sería la mejor garantía...", que se habían resistido a participar, "...pero que la decisión de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos... alteraba materialmente las miras y sentimientos de este Gobierno acerca de esa asamblea".

En marzo de 1826, Rivadavia, visitó al embajador norteamericano Mr. Forbes, del cual se enteró que Estados Unidos pensaba enviar tan sólo un observador con fines puramente comerciales. Ante lo cual, Rivadavia le dijo: "...He decidido no apartarme un ápice de la senda de los Estados Unidos, quienes, por la sabiduría y esperanzas de su Gabinete, como por su gran fuerza y carácter nacional, deberían tomar la dirección de la política americana".

Cuando finalmente el gobierno cipayo de Buenos Aires se decidió a enviar delegados, les confirió la misión de limitar los alcances confederales del Congreso Anfictiónico a la necesidad de garantizar la "libre concurrencia de la industria y la inviolabilidad de la propiedad". Pero éstos no llegaron a la cita.

Queda así expresado el papel antinacional y antihispanoamericano de la burguesía comercial, aliada del latifundio, no sólo porteña, sino de todo el continente, frente al Congreso de 1826, que será la tónica que la caracterice hasta nuestros días. En Colombia, ya jugaba el mismo papel el general Santander, vicepresidente de la república. Su gobierno estaba marcado por la corrupción que parece fue un sello de nacimiento. Éste y sus aliados ya habían iniciado el trabajo de zapa contra la obra de Bolívar, cuyo prestigio envidiaban y cuya visión de conjunto chocaba contra sus mezquinos intereses localistas.

Desde que el Libertador partió hacia el Sur para asegurar las independencias, primero de Ecuador, y luego de Perú y Bolivia, se había iniciado la conspiración de Santander y los oligarcas cachacos de Bogotá. Ya mencionamos la invitación cursada por Santander a Estados Unidos, contraviniendo la voluntad expresa de Bolívar.

Hacia 1825 y 1826, la conspiración montada por Santander cobró fuerza ante el temor que les causaba la Constitución boliviana, redactada por el propio Libertador, en la que se proponía crear un sólo Estado confederado que incluyera junto a la Gran Colombia (Nueva Granada, Venezuela y Ecuador) al Perú y la recién creada Bolivia.

Al respecto, el historiador y político conservador colombiano, Laureano Gómez, señala: Bolívar, llegando triunfante al Potosí, sintió subir hacia él el coro de las encendidas esperanzas de los pueblos del sur, abatidos hasta entonces por una desesperante anarquía. Con penetrante mirada entrevió la fácil posibilidad de formar de los dispersos restos del Imperio Español en América un poder de importancia por entonces superior a los Estados Unidos de América. Confió su pensamiento a Santander, pidiéndole al gobierno y al congreso de Colombia la cooperación necesaria, que casi se reducía a que "se le permitiera seguir su destino.

Santander y su partido jamás colaboraron en dicho plan, —continúa Laureano Gómez.

El vicepresidente se opuso decididamente y en el congreso empezó inmediatamente la persecución contra los venezolanos y la hostilidad de crear en las norte dificultades de tal magnitud que desvaneciesen en la mente del Libertador los gloriosos sueños del sur. La insensata conducta del congreso contra Páez produjo la reacción prevista y que sin duda se buscaba".

En el mismo año en que el continente celebraba la liberación completa del poder colonial, cuando Bolívar sentaba las bases para constituir un gran estado que abarcaba media Sudamérica, y organizaba el Congreso Anfictiónico para confederar toda

la América hispana, cuando mayor era su prestigio y el del mariscal Sucre (al que terminaron asesinando), la oligarquía colombiana a través de Santander y sus aliados, movía sus hilos para producir heridas que llevaran al fraccionamiento y disolución de toda la Gran Colombia.

El 21 de septiembre de 1826, en una carta a Bolívar, Santander confiesa su pensamiento: "O lo que somos o nada, es mi deseo. Si no hay fuerza moral ni física para refrenar los perturbadores y sostener el sistema actual..., debe disolverse la Unión y formarse estados independientes de Venezuela, Nueva Granada y el Sur" (citada por L. Gómez).

Entonces, igual que ahora, la oligarquía comercial-latifundista escondió sus actos de traición, sus mediocres miras localistas y su avaricia, revestidas bajo el manto de supuestos principios liberales y "democráticos". Contra la constitución boliviana, la más progresista de las redactas por entonces, opusieron la defensa de un manojo de leyes y decretos cuya esencia fue mantener el poder en sus manos, en una democracia de apariencias pero vacía de contenido popular y, más bien con esencia antipopular.

El arma que se usó para denigrar al propio Bolívar fue acusarle de querer convertirse en "dictador", pues la constitución boliviana proponía una presidencia vitalicia a cargo del Libertador. Pese a que sabían bien que el Libertador asumía este mandato muy a su pesar, que siempre rechazó incluso la instauración de una monarquía que se le propuso hasta el último momento y que, en todo caso, pecó de democrático y dadivoso con sus enemigos. La presidencia vitalicia, y la república con poderes recortados era la única forma de sostener por entonces a las naciones recién creadas frente a la amenaza de la agresión externa y la anarquía interna.

Pero, en manos de la oligarquía cipaya el argumento de las pretensiones "dictatoriales" de Bolívar le sirvió para presentarse a sí misma bajo el disfraz de "demócratas". El resto es historia conocida. Pronto se sumarían a esta conspiración los oligarcas peruanos, tan incapaces de lograr por sí mismos la libertad que, de adulones de Bolívar pasaron a echar al ejército libertador, para luego tomar Guayaquil contra el mismo Bolívar y Sucre. Para ello contarían con la complicidad del general Obando en Popayán, quien pagaría por asesinar, pocos años después, al mismísimo Sucre en un páramo.

Cinco años después, precipitada la muerte del Libertador por la tuberculosis y el cansancio de tanta traición, la Gran Colombia quedaba finalmente disuelta, el Congreso de Panamá en suspenso y el gran sueño convertido en una pesadilla, que aún nos dura.

Los limitados resultados del Congreso de Panamá

En estas circunstancias políticas, y agobiados por los mosquitos panameños, los delegados al Congreso Anfictiónico de 1826, produjeron cuatro resoluciones en diez sesiones que distaban mucho del magno objetivo propuesto por Bolívar. La declaración central, lejos de crear una Asamblea continental de amplios poderes, limitó sus atribuciones a la de negociar convenios mutuos y a un papel de mediación en caso de conflictos.

Por encima del mandato conjunto de esta magna asamblea, se privilegió la soberanía fragmentada de cada república. De modo que sus resoluciones no tendrían carácter vinculante y sólo serían meramente declarativas o exhortos. Contrariando la propuesta de Bolívar crear una poderosa fuerza militar conjunta de sesenta mil soldados, como clara advertencia a las potencias europeas, supeditadas a un único mando dirigido

por el Congreso Anfictiónico, se resolvió establecer una cooperación militar limitada en la que cada estado preservaría los reglamentos y mandos de sus fuerzas militares.

Aunque Estados Unidos estuvo ausente, el papel conspirador del embajador inglés, Edward J. Dawkins, fue jugado a la perfección. Tan es así, que el canciller colombiano, Pedro Gual, le permitió, para su paz espiritual (la del inglés) ojear la declaración final antes de que fuera sometida a votación. Como se ve, el entreguismo es una vocación innata de nuestras oligarquías.

Las sesiones concluyeron con el acuerdo de volver a reunirse en Tacubaya, México. Poco después, consciente del fracaso, Bolívar evaluaba lacónicamente los resultados del Congreso: "Su poder será una sombra y sus decretos, consejos, nada más". En 1829, haciendo un balance general ("Una mirada sobre la América española") era claro y pesimista: "No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones libros; las elecciones combates; y la vida un tormento. Esta es, americanos, nuestra deplorable situación".

¿Tiene futuro la unidad latinoamericana?

La experiencia histórica de los ciento ochenta años transcurridos desde aquel fracasado congreso muestra dos tendencias claras: por un lado, que las clases dominantes (burguesía criolla) fueron y siguen siendo profundamente antinacionales y anti-hispanoamericanas, su vocación es la de agentes serviles del capital imperialista extranjero, ahora fundamentalmente norteamericano, a través del ALCA y los TLC's.

Por otro lado, la aspiración bolivariana a la unidad y la libertad de nuestras naciones no pereció con el Libertador, ni mucho menos con el Congreso Anfictiónico; por el contrario,

se ha mantenido firme y permanente entre nuestras clases populares y trabajadoras, entre los explotados del continente. Aspiración constantemente renacida y renovada, cual el ave fénix, cada vez que nuestros pueblos se ponen en movimiento.

Poderosas fuerzas objetivas dieron al traste con la unidad soñada por Simón Bolívar: una imponente y extensa geografía imposible de ser vencidas mediante la técnica y los medios de transporte de aquellos tiempos; una fragmentación política y económica heredada de la fase colonial construida para asegurar el control allende el mar; la ausencia de un mercado interno, asociado a una raquítica y mediocre burguesía comercial y latifundista sumida en la función de la exportación monoproductiva y la importación de bienes de consumo; la carencia, por ello, de una clase obrera sólida, capaz de dotar de nueva fuerza y contenido la lucha por la unidad y la libertad.

Transcurridos dos siglos, muchos de estos factores objetivos han sido superados: la tecnología y los medios de transporte nos han acercado; el masivo proceso de industrialización de mediados del siglo XX parió una pujante clase trabajadora que cuenta ya con décadas de experiencias y luchas; un mundo capitalista neoliberal que, aunque siga controlado por un puñado de potencias, está cada vez más sumido en la crisis económica, política y en la decadencia de su prestigio. Lo único que parece no haber cambiado en 200 años es la vocación entreguista de nuestras burguesías y su carácter de apéndice de los intereses extranjeros.

Hoy cuando una nueva oleada revolucionaria sacude el continente americano, y los pueblos se alzan en busca de "otro mundo posible" y de "otra América posible y necesaria"; cuando se debate acerca de las perspectivas del "socialismo

del siglo XXI", la aspiración bolivariana a la unidad y libertad sigue presente y toma fuerza, con materializaciones concretas como el ALBA.

Por ello, nos parece pertinente concluir aquí con una reflexión, sobre la aspiración bolivariana y la propuesta federal del insigne panameño-colombiano del siglo XIX, Justo Arosemena, que hiciéramos en nuestro libro **La verdadera historia de la separación de 1903**:

"La aspiración bolivariana a la unidad era correcta y visionaria en el sentido de que sólo la unidad política hispanoamericana, montada sobre los elementos culturales y geográficos comunes, podría asegurar el desarrollo de un Estado nacional fuerte y autónomo, capaz de desempeñar un gran papel en el concierto mundial, gracias a sus enormes riquezas naturales y humanas. Pero, dadas las condiciones objetivas aludidas, la unidad hispanoamericana tenía también un carácter utópico, que el propio Bolívar sufrió personalmente.

La desmembración de la embrionaria unidad latinoamericana fue justificada por las oligarquías regionales con la excusa del excesivo centralismo de que se acusaba a Bolívar. Las oligarquías regionales pintaron el centralismo propuesto por Bolívar como la génesis de una odiosa dictadura alejada de las necesidades locales. Pero las repúblicas constituidas sobre la base de intereses regionales sólo se transformaron en débiles Estados, girones destrozados de aquella gran Nación soñada por Bolívar, que fueron fácil presa de los intereses ingleses y norteamericanos.

La grandeza del concepto federativo sostenido por Justo Arosemena radica exactamente en que permite dotar a las regiones de gobiernos propios, que ágilmente resolvieran los

asuntos cotidianos, sin que eso significara el aniquilamiento de la unidad nacional, y los intereses comunes de nuestros pueblos. ¿Una propuesta federativa, como la sostenida por Arosemena, habría podido salvar el sueño bolivariano? Tal vez.

Pero si esta alternativa no pudo constituirse en el siglo XIX, debido a poderosas razones objetivas, cabe replantearse la aspiración unitaria Hispanoamericana a las puertas del siglo XXI, cuando esos obstáculos naturales, económicos y sociales han sido vencidos por el desarrollo capitalista. Y si esa aspiración unitaria tiene algún futuro, lo será liderizada por la clase obrera, la clase revolucionaria actual, bajo la forma de una **Federación de Repúblicas Socialistas Latinoamericanas**, que tendrá grandes similitudes administrativas con el esquema levantado en 1855 por Justo Arosemena.

Los nacionalistas y antimperialistas panameños no podemos fundamentar nuestro accionar en una perspectiva exclusiva y atomizadamente panameña; no podemos ser comparsas de los intereses de una mezquina burguesía comercial istmeña, históricamente cipaya de intereses de alguna potencia comercial foránea; ni podemos seguir cantando a coro las supuestas bellezas y particularismo del "transitismo" panameño, por el que tenemos que vivir renunciando a nuestras aspiraciones de desarrollo nacional para que los "usuarios" de la zona de tránsito no se sientan ofendidos.

No podemos seguir creyendo el cuento de que la pequeña república panameña, aislada, podrá tener un trato igualitario con su "socio" norteamericano. Sólo empezaremos a ser tratados en igualdad cuando hablemos en nombre de la reconstituida Nación hispanoamericana, de la que Panamá es una parte importante, pero parte al fin. Sólo en esa perspectiva, en la que se refunden las aspiraciones de Bolívar

y Arosemena, con la nueva sabia social revolucionaria, el proletariado, podremos tener un futuro soberano y próspero.

Porque, como decía León Trotsky en 1934: "Los países de Sud y Centroamérica no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía sudamericana, representación completamente prostituida del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de las camarillas de agentes locales, es: 'los Estados Unidos Socialistas de Centro y Sud América'".

Panamá, junio de 2006.

Bibliografía

Araúz, Celestino A. y Pizzurno, Patricia G. **El Panamá Colombiano (1821-1903)**. Primer Banco de Ahorros y Diario La Prensa. Panamá, 1983.

Beluche, Olmedo. **Estado, Nación y Clases Sociales en Panamá**. Editorial Portobelo. Pequeño Formato 115. Panamá, 1999.

Beluche, Olmedo. **La verdadera historia de la separación de 1903**. ARTICSA. Panamá, 2003.

Bolívar, Simón. **Doctrina del Libertador**. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1985.

Gómez, Laureano. **El final de la grandeza**. Editoria Hojas e Ideas. Santa Fe de Bogotá, 1993.

Ramos, Jorge Abelardo. **Historia de la nación latinoamericana**. Editorial Prensa Moderna. Cali, 1986.

La ciudad de Panamá y el Congreso Anfictiónico de 1826

En 1826, entre el 22 de junio y el 15 de julio, sesionó en Panamá el Congreso Anfictiónico convocado por El Libertador, Simón Bolívar, para forjar una alianza política y militar de las repúblicas hispanoamericanas nacidas a la independencia en el lustro anterior. Un aspecto colateral a los debates políticos de los delegados fue el estado ruinoso de la ciudad, el cual influyó en el ánimo y la salud de ellos, además de la decisión de firmar un acuerdo para trasladar sus sesiones rápidamente a la localidad de Tacubaya, en ese entonces, en las cercanías de la ciudad de México.

Ese traslado a México, por sí mismo, además del debate sobre los alcances concretos de lo rubricado por los delegados, parece ser una de las razones de que no haya sido ratificado el "Tratado de Unión, Liga y Confederación", y de que el sueño bolivariano de unidad no se haya cumplido. La pregunta que surge es: ¿Sacar el Congreso de Panamá obedeció a razones puramente ambientales, referidas a la situación calamitosa de la capital del Istmo? ¿O, tal vez hubo una intención política de alejar la Asamblea o Congreso de Colombia, y con ello, de Simón Bolívar? ¿O ambas cosas?

La idea de que Panamá fuera la sede de un congreso que reuniera a los delegados de toda Hispanoamérica independiente de la monarquía española, o Colombia, como la llamó, fue de Francisco de Miranda, quien, en una proclama, fechada el 27 de abril de 1801, propuso la necesidad de ese

congreso, y uno días después, el 2 de mayo, en el "Bosquejo de Gobierno Provisorio", propuso a Panamá como sede [6].

Posteriormente, Simón Bolívar, en su célebre Carta de Jamaica, de 1815, retoma la propuesta cuando dice: *"¡Que bello seria que el Ystmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los Griegos! ¡ojalá que algun dia tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los Representantes de las Republicas, Reynos e Ymperios á tratar y discutir sobre los altos intereses de la Paz y de la Guerra, con naciones de las otras partes del Mundo. Esta especie de Corporacion podrá tener lugar en alguna epoca dichosa de nuestra regeneracion: otra esperanza es infundada; semejante á la del Abate Sanct. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso Europeo, para desidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones"*[7].

Concretadas las independencias de Colombia y de Perú (parcialmente), se formaliza la convocatoria al Congreso de Panamá en el Tratado de Unión, Liga y Confederación entre ambos países, firmados por Joaquín Mosquera y Bernardo de Monteagudo, al establecer que: "Siendo el istmo de Panamá una parte integrante de Colombia, y el más adecuado para aquella augusta reunión, esta República se compromete gustosamente a prestar a los Plenipotenciarios que compongan la Asamblea de los Estados americanos todos los auxilios que demanda la hospitalidad entre pueblos hermanos, y el carácter sagrado e inviolable de sus personas"[8].

---

6 Guerra Vilaboy, Sergio. Diario del Congreso Anfictiónico de Panamá. CLACSO, 2025. Págs. 17 y 18.

7 Bolívar, Simón. **Carta de Jamaica. 1815–2015**. Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica. Colección Unidad Nuestra América. República Bolivariana de Venezuela, 2015, pp. 28 y 29.

8 Guerra V. Op. Cit., p. 29

Una vez convocado formalmente el Congreso de Panamá, el 7 de diciembre de 1824, por parte del Libertador, y discutiendo por carta desde Lima, con su vicepresidente en Colombia, Francisco de Paula Santander, Bolívar consideró la posibilidad de no hacerlo en Panamá, sino en Quito.

Así lo analizaba el 7 de abril de 1825:

"El Istmo es un lugar muy insano y muy miserable; por lo mismo, creo que debe el Congreso pasar a Quito, que es una ciudad muy sana y situada en el centro de la América, a 32 leguas del mar. He pensado mucho sobre esto y no encuentro lugar más conveniente para esta asamblea"[9].

Aquí surge la pregunta: ¿Bolívar estaba considerando exclusivamente la salubridad de la ciudad de Panamá, o, como buen político, sopesaba el hecho de que Quito estaba más cerca de él, y su ejército, que se encontraba en Perú?

Esas consideraciones políticas sin duda podían y debían estar presentes. Los enemigos de Bolívar dirían que por sus aspiraciones "dictatoriales", pero también es necesario tomar en cuenta que él y su ejército eran los únicos sectores completamente comprometidos con el éxito del Congreso y de sus acuerdos, mientras que muchos de los gobernantes hispanoamericanos estaban movidos por fines egoístas ligados a intereses foráneos, como la historia demostró.

El hecho es que la mención de Quito sirvió para que fuerzas interesadas atrasaran el Congreso que debió reunirse a mediados de 1825, alegando confusión sobre la sede final del mismo. De manera que los delegados peruanos, José M. de Pando, Manuel Vidaurre y, el secretario de la delegación,

9 Ibidem, p. 48.

el cubano José A. Arango, enviados por el propio Bolívar, llegaron a Panamá el 18 de junio de 1825.

Mientras que los delgados de Colombia, enviados por Santander, Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, no arribaron a Panamá, sino hasta noviembre de 1825. Los de Centroamérica, Pedro Molina y Antonio Larrazábal, lo harían el 18 de marzo de 1826. Finalmente, los mexicanos, José Michelena y José Domínguez Manso, el 4 de junio de 1826[10].

El 15 de noviembre de 1825, en carta a Bolívar, Vidaurre le dice que le desanima "la apatía que han manifestado las demás repúblicas en el asunto más grande, más interesante, y del único que depende la estabilidad de América", refiriéndose al Congreso de Panamá, por supuesto.

Y agrega sobre la ciudad de Panamá: "Ya hemos cumplido cinco meses de haber llegado a Panamá. Sufrimos un clima desagradable donde todo falta, donde no se conoce ningún placer..."[11]. Vidaurre estuvo enfermo, probablemente de fiebre amarilla, buena parte de su estancia en Panamá, lo que produjo la anécdota de que una de las primeras reuniones, previas a la instalación formal del Congreso, tuvo que hacerse en su habitación (19/6/1826) por encontrarse convaleciente.

Citando a Vidaurre, Germán A. de la Reza, describe la ciudad de Panamá: "...tierras fértiles sin agricultura; recursos como cacao, canela, minerales y madera sin explotar; la ciudad estaba casi en ruinas, invadida por vegetación y animales, con pocas actividades sociales o culturales. La

10 Reza, Germán de la. El Congreso Anfictiónico de Panamá y la integración confederal latinoamericana (1821-1864). Gedimex. México, abril de 2026. pp. 125 a 129.

11 Guerra, Op. Cit., p. 70.

vida comercial casi inexistente, con una bahía inactiva y sin tránsito marítimo". Aunque, en sentido positivo, agrega que la ciudad conservaba edificios de gran belleza, como la Casa de Marina (Palacio de las Garzas), convento de las monjas de la Concepción, la Catedral y la iglesia de La Merced[12].

Por su parte, Pedro Briceño Méndez en carta al Libertador (23/12/1825) dice: "¿Creerá usted que este país es el peor enemigo de este gran proyecto? No digo que los habitantes se opongan sino que el clima es tan cruel, la ciudad tan fea, y tan incómoda, la miseria tan general, los caminos tan impracticables y todos los recursos tan escasos y tan caros, que no es posible pensar en él por ahora para nada. Y sin este centro ¿adónde iremos ni qué haremos?"[13]

Estas descripciones dramáticas sobre la situación del istmo de Panamá y su capital, en 1826, desmienten a la historia oficial panameña que pretende que en 1821 esta región era una "nación" forjada con capacidad de erigirse como un estado nacional independiente y que, "por el prestigio de Bolívar", decidió unirse "voluntariamente" al proyecto colombiano.

La realidad es que Panamá era una región en decadencia del sistema colonial español, al menos desde la destrucción de la ciudad vieja por el pirata Morgan en 1671. La situación había empeorado con las reformas borbónicas del siglo XVIII que liquidaron el sistema de flotas y galeones del que el istmo era un eje vertebrador con Lima y Cartagena.

Partiendo del hecho de que la situación de la ciudad de Panamá no era muy hospitalaria para alojar de manera permanente este congreso o asamblea, hay que volver a

12 Reza. Op. Cit., pp. 126 y 127.

13 Guerra. Op. Cit., p. 75.

la otra motivación tal vez no confesada para el traslado a México de dicha reunión. Las razones políticas detrás de esa decisión.

Tanto la obra de Guerra Vilaboy como la Germán de la Reza, consignan un informe a su gobierno del embajador de Estados Unidos en Lima, William Tudor, del 24 de agosto de 1826, explicando que el traslado a México del Congreso se ha debido "al interés de algunos países de alejarse de la influencia de Bolívar", señalando a México y Guatemala como las fuentes de esa decisión[14].

El hecho es que el congreso mexicano, pese a las aparentes insistencias del presidente Guadalupe Victoria, y pese a ser sede final del Congreso, nunca ratificó sus acuerdos. Tampoco lo hizo Colombia. La razón se encuentra en la propia opinión de El Libertador, Simón Bolívar, quien desde Guayaquil le dice a Pedro Briceño Méndez sus impresiones, luego de leer sus acuerdos:

"He leído los tratados celebrados en Panamá y voy a darle a usted francamente mi opinión. El convenio sobre contingente de tropas…, es inútil e ineficaz… La traslación de la asamblea a México va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia, ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos del Norte. Estas y otras muchas causas, que comunicaré a usted de palabra, me obligan a decir que no se proceda a la ratificación de los tratados hasta que yo llegue a Bogotá"[15].

Esta evaluación negativa de Bolívar sobre el Congreso de Panamá fue aderezada con la conspiración del grupo de

14 Ibidem, p. 126.

15 Ibid. p. 127

políticos allegados a Francisco de P. Santander, para dividir Colombia y sacar del poder al Libertador, más actitudes fraccionalistas de Páez en Venezuela; acompañado todo esto con la traición del propio Vidaurre que, una vez en Lima, conspiró para echar a los bolivaristas y venezolanos del Perú, y hacer la guerra a Colombia por Guayaquil.

El Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826 fue el clímax de la lucha de Simón Bolívar por la independencia y la unidad de Hispanoamérica, pero también fue el comienzo de su declive y fracaso. Desde entonces ese sueño de independencia, unidad e integración está inconcluso.

Bibliografía

Bolívar, Simón. Carta de Jamaica. 1815 - 2015. Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica. Colección Unidad Nuestra América. República Bolivariana de Venezuela, 2015.

Guerra Vilaboy, Sergio. Diario del Congreso Anfictiónico de Panamá. Cronología de sus antecedentes, desarrollos y resultados. CLACSO, 2025.

Reza, Germán de la. **El Congreso Anfictiónico de Panamá y la integración confederal latinoamericana (1821-1864).** Gedimex. México, abril de 2026.

TERCERA PARTE

Vigencia del pensamiento bolivariano

La unidad latinoamericana como tarea aún pendiente

Organicemos un Congreso Anfictiónico latinoamericano, bolivariano, antiimperialista y popular para enfrentar al neo monroísmo agresivo de Trump y los gobiernos lacayos

Hace 200 años, en 1826, el Libertador Simón Bolívar convocó en Panamá un Congreso "Anfictiónico" de los estados nacionales latinoamericanos recién independizados para defenderse de dos enemigos: la Santa Alianza europea que amenazaba esa independencia apoyando a la monarquía absolutista española y al naciente coloniaje imperialista de Estados Unidos, cuyo presidente James Monroe había dictado en 1823 su Doctrina Monroe, "América para los americanos", es decir para ellos.

Bolívar tomó el concepto "anfictionía" (*"amphiktýonía")* de los antiguos griegos, quienes llamaban así a una asamblea de representantes de las diversas ciudades estado de aquella península, que se reunían para resolver los problemas comunes y defenderse de enemigos externos. En su célebre Carta de Jamaica de 1815, había dicho:

"¡Que bello seria que el Ystmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los Griegos! ¡ojalá que algun dia tengamos la fortuna de instalar allí un augusto

Congreso de los Representantes de las Republicas, Reynos e Ymperios á tratar y discutir sobre los altos intereses de la Paz y de la Guerra, con naciones de las otras partes del Mundo".

Culminada la independencia del continente hispanoamericano en 1825, con la liberación del Alto Perú, rebautizado Bolivia en su honor, y ante las amenazas que se cernían, entre ellas la invasión francesa que había restituido el absolutismo de Fernando VII en España y la emisión de la Doctrina Monroe, Bolívar se dio a la tarea de organizar el Congreso Anfictiónico de Panamá.

Se reunió en Panamá el Congreso Anfictiónico, entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826, el cual tenía el gran objetivo de crear una confederación de los pueblos iberoamericanos, desde México hasta Chile y Argentina. Brasil también fue invitado. La propuesta fue acogida por los patriotas consecuentes que en aquel tiempo dirigían las nuevas repúblicas, desde Lucas Alamán en México hasta José Cecilio Del Valle en Guatemala, O'Higgins en Chile, Lorenzo Vidaurre y José M. Pando, estuvieron por Perú; y los anfitriones colombianos, fueron Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez.

Pero las oligarquías "antinacionales" (como las llamaría Ricaurte Soler) conspiraron desde el inicio contra la idea de la unidad latinoamericana, empezando por el vicepresidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, que invitó a Estados Unidos, pese a las advertencias en contra de Bolívar; hasta Rivadavia, que en Buenos Aires representaba a los comerciantes supeditados a Inglaterra; así como los sectores conservadores de Chile y Perú.

Doscientos años después estamos ante un peligro semejante. Esta vez la Santa Alianza reaccionaria está encabezada por

Donald Trump, que ha supeditado bajo su mano a las derechas conservadoras latinoamericanas, haciendo una actualización de la doctrina Monroe al siglo XXI, que ha denominado el Corolario Trump: por el cual pretende que todas las riquezas naturales del continente, desde Groenlandia a la Patagonia, le pertenecen a Estados Unidos.

Panamá y su canal fueron las primeras víctimas de sus amenazas, consiguiendo la sumisión completa del gobierno de José R. Mulino, que le ha entregado la restauración de tres bases militares en su territorio. Ahora, iniciando 2026, la República Bolivariana de Venezuela ha sido su siguiente víctima, sufriendo un cerco militar primero, un bombardeo después y el secuestro de su presidente legítimo, Nicolás Maduro, y su esposa, la dirigente Cilia Flores. El señor Trump se ha autoproclamado "dueño" del petróleo y las riquezas mineras del pueblo venezolano.

Pero la voracidad imperialista no se sacia. Donald Trump con el guiño cómplice de la burguesía yanqui y sus partidos "demócrata" y republicano, ahora amenaza directamente a Cuba, México y Colombia con nuevas agresiones militares si no se rinden a sus designios. Hoy, como hace doscientos años, las oligarquías conservadoras, derechistas y sumisas al imperialismo norteamericano se rinden y entregan gustosamente la soberanía, los territorios y las riquezas naturales. Tal como ha venido sucediendo desde hace dos siglos, la burguesía sumisa latinoamericana apela al bolivarismo para traicionarlo con supeditación al imperialismo, lo que se ha llamado "panamericanismo".

La mayor burla a la memoria del Libertador, Simón Bolívar, y de los próceres que lucharon por nuestra independencia, es que el gobierno panameño de José R. Mulino, el mismo

que acaba de firmar un "memorando" que devuelve bases militares a Estados Unidos, que dijo que la frontera de ese país llega "hasta el Darién", y que rompió el Acuerdo de la Seda con China porque se lo ordenó el secretario de Estado Marco Rubio, ha convocado una caricatura de "Congreso Anfictiónico" en Panamá en 2026.

En esta hora de peligro, para enfrentar la renovada Doctrina Monroe por parte de Donald Trump, Latinoamérica requiere nuevamente un Congreso Anfictiónico para discutir cómo vamos a defender nuestra soberanía amenazada, nuestra independencia y nuestros recursos naturales. Pero necesitamos un Congreso Anfictiónico que represente verdaderamente a nuestros pueblos y que salga de sus entrañas, que sea consecuentemente democrático y antiimperialista. Se requiere que un conjunto de organizaciones populares lo organice, tal y como hicimos en 2015 la Cumbre de los Pueblos.

Panamá, 14 de enero de 2026.

Vigencia de la unidad bolivariana para hacer frente al corolario Trump de la Doctrina Monroe

Doscientos años después de la convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, por parte de El Libertador, Simón Bolívar, se ciernen enormes peligros sobre las naciones llevadas a la independencia nacional bajo su liderazgo político y militar. Los derechos nacionales a la soberanía territorial, a la autonomía económica y a la libertad política están amenazados para el conjunto de Latinoamérica y El Caribe, no por una fuerza extracontinental, como lo era la Santa Alianza de monarquías absolutistas europeas en la década de 1820, sino por parte de Estados Unidos de América.

El corolario Trump a la Doctrina Monroe, el imperialismo en el siglo XXI

En noviembre de 2025, el gobierno norteamericano de Donald Trump hizo pública su Doctrina de Seguridad Nacional, en la que dedica una buena parte a lo que llama "hemisferio occidental" (el continente americano), definiendo sin ambages sus criterios para la actualización de la Doctrina Monroe ("corolario Trump"), que se convierte en el marco en que se desarrollarán las relaciones exteriores de ese país hacia América Latina y el Caribe.

Dicho en una frase, Estados Unidos no permitirá que empresas "extracontinentales" controlen negocios estratégicos como petróleo, minerales, etc. Luego se afirma que ese objetivo se alcanzará por vías diplomáticas, o por la fuerza, si es necesario. Con lo cual se hace evidente la amenaza al derecho soberano de cada nación de fijar su política exterior y comercial.

La primera víctima de esta política imperialista del siglo XXI lo ha sido la república de Panamá, meses antes de ser formulado el llamado "corolario Trump" a la Doctrina Monroe. Desde diciembre de 2024, a poco de ganar las elecciones por segunda vez, y antes de tomar posesión de la Presidencia de Estados Unidos, Donald Trump inició una campaña alegando que el Canal de Panamá estaba en manos de China.

Esos alegatos fueron repetidos por Donald Trump al tomar posesión de la presidencia, el 20 de enero de 2025. En su primer viaje al exterior, el secretario de Estado, Marco Rubio, vino a Panamá para hacer patentes los objetivos de su política respecto al canal panameño, lo cual fue respondido con sumisión por parte del presidente José R. Mulino.

El gobierno panameño rompió el acuerdo comercial con China, cedió tres bases militares a Estados Unidos en las riberas del canal (Memorando Hegseth – Ábrego, de abril de 2025) en clara violación del Pacto de Neutralidad del canal. Además, admitió el paso gratuito de barcos de la armada norteamericana por la vía acuática, y ha se ha alineado sumisamente como estado vasallo de Estados Unidos en política exterior.

El 3 de enero de 2026, a poco de la formulación del corolario Trump, se materializó la ejecución del corolario Trump

con la agresión militar contra Venezuela y el secuestro de su presidente Nicolás Maduro y la diputada Cilia Flores, así como con la imposición de criterios imperialistas para apropiarse del petróleo de ese país. Los días subsiguientes se avanzó otro paso en el mismo sentido al imponerse un bloqueo total contra Cuba para impedir que le lleguen buques cargados de combustible con el declarado objetivo de forzar el cambio de régimen político interno.

Otras muestras de esta actualización de la Doctrina Monroe lo constituyen la descarada intervención política por parte de Estados Unidos en procesos electorales latinoamericanos, las amenazas de agresión e intervención militar bajo la excusa del combate al narcotráfico, la fijación de doctrinas como el llamado Escudo de Las Américas y los nuevos límites de la "Gran Norteamérica", presentado por secretario de guerra, Peter Hegseth, en marzo de 2026. Todos estos hechos marcan un claro retroceso en materia de derechos soberanos para Latinoamérica y el Caribe.

La Doctrina Monroe se ha disfrazado de diversos ropajes a lo largo de dos siglos, pero no ha cambiado de esencia. Destino Manifiesto, cuando le robaba a México lo que hoy constituye el Oeste Americano (1840-50); corolario de Rutherford Hayes (1880), doctrina según la cual ellos debían controlar cualquier canal por Centroamérica, emitida cuando una empresa francesa iniciaba la construcción del Canal de Panamá; corolario Roosevelt (1904), o doctrina del "gran garrote", que sufrió Panamá, Venezuela, Nicaragua y Dominicana a inicios del siglo XX; "política del buen vecino", de Franklin D. Roosevelt cuando quería al continente bajo su alianza militar en la Segunda Guerra Mundial; "Doctrina de Seguridad Nacional" durante la Guerra Fría contra la Unión Soviética; el ALCA a inicios del siglo XXI y los tratados de

"libre comercio", con la globalización neoliberal; y ahora el "corolario Trump".

La Doctrina Monroe y el Congreso Anfictiónico de Panamá

Desde 1823, cuando el presidente James Monroe de Estados Unidos emitió su famosa doctrina de política exterior, resumida en la frase "América para los americanos", ese país ha desarrollado este criterio en su relacionamiento con los países ubicados al sur de este continente. Durante doscientos años América Latina ha sido considerado por aquella potencia como su "patio trasero", su coto de caza, sus estados subordinados y fuente de materias primas.

En 1823 esa Doctrina Monroe había sido lanzada como advertencia a las monarquías europeas que habían colaborado militarmente en restaurar la monarquía en Francia, luego de la derrota de Napoleón, y, a su vez, la monarquía francesa que en ese año invadió España para acabar con el gobierno liberal del general Rafael del Riego, restaurándole a Fernando VII plenos poderes absolutos. El temor ante una probable ofensiva de reconquista contra las naciones recién independizadas en América era real.

La clase dominante norteamericana percibía con lucidez que un retroceso en el proceso independentista de Hispanoamérica le rebotaría negativamente constituyéndose en una amenaza a futuro a su propia intendencia, a lo que habría que agregar sus objetivos expansionistas territoriales a costa de las relativamente débiles repúblicas recién nacidas.

Eso que temía el gobierno de Monroe es lo mismo que pretendía enfrentar Simón Bolívar con la convocatoria al

Congreso Anfictiónico de Panamá, la cual formalizó en diciembre de 1824, a pocas horas de lograr la derrota de los restos del ejército españolista en la Batalla de Ayacucho. En ese momento, para Bolívar el peligro principal al que había que enfrentar concretando una alianza político militar de las nuevas repúblicas era un intento de reconquista por parte de la monarquía española con el apoyo de los absolutistas europeos.

Tanto la Doctrina Monroe, como la convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá, eran las respuestas a un mismo y probable enemigo, pero eran respuestas desde intereses y lógicas distintas. Aunque Bolívar le insistió al vicepresidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, que no invitara a Estados Unidos al Congreso de Panamá, en ese momento no lo hacía porque lo viera como peligro inminente, sino para no ofender a Inglaterra, a la que veía como aliada principal en su objetivo de obligar a España y las monarquías europeas a renunciar a cualquier contraataque en América.

Hay diversas notas de Bolívar a Santander en que advierte de no invitar a Estados Unidos, sin duda ya atisbaba en la amenaza en ciernes que representaba (lo que lo llevaría a concluir en 1829 que "...Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad") pero, sin duda, no eran el peligro inminente que preocupaba a Simón Bolívar. Esa amenaza provenía de Europa y España.

Los objetivos del Congreso Anfictiónico de 1826

El 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, como jefe de estado de Perú, Simón Bolívar dirige una convocatoria a los gobiernos de Colombia, México, el Río La Plata, Chile y Guatemala (América Central), para

instalar una Asamblea de Plenipotenciarios en Panamá, para "obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino...".

Esa asamblea debía: "Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español".

Aquí conviene aclarar un malentendido habitual: Bolívar no pretendía crear un solo estado nacional desde México hasta Chile. Diez años antes, durante su exilio en Jamaica, ya era consciente de que era imposible crear un solo estado que unificara toda Hispanoamérica independiente, y mencionaba a las que serían las futuras naciones, que surgirían fraccionadas por poderosos motivos infranqueables.

En su célebre **Carta de Jamaica** (1815), ya preveía la necesidad de la convocatoria de un congreso en Panamá:

"¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate de St. Pierre, que concibió el laudable delirio

de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones".

Y agrega: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; **mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América**".

No se trataba de formar un solo estado nación continental, para Simón Bolívar se trataba de un objetivo político, fundar una entidad permanente de consulta, una especie de asamblea permanente, como hoy día sería Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC, fundada por Hugo Chávez; y un objetivo militar, un ejército conjunto multinacional de varios miles de soldados que sirviera de fuerza disuasoria contra cualquier intento intervencionista desde Europa.

El fracaso del Congreso Anfictiónico y el drama de América Latina

El fracaso del Congreso de Panamá de 1826 provino de dos fuentes: la externas, de los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra, invitados a la cita como observadores; y las internas, las propias oligarquías criollas que gobernaban las recién independizadas repúblicas cuyo control oligárquico era más fácil divididas y sumisas a interese foráneos.

El presidente norteamericano John Quincy Adams, de Estados Unidos (verdadero autor de la Doctrina Monroe

como secretario de Estado de James Monroe) aceptó la invitación para participar del congreso, que le enviara el vicepresidente de Colombia, Francisco de P. Santander, desde Bogotá, e instruyó a sus delegados para que rechazaran "toda idea de un Congreso Anfictiónico investido con poderes para decidir las controversias entre los estados americanos para regular de cualquier forma su conducta"; e impedir cualquier expedición liberadora a las últimas colonias españolas, Cuba y Puerto Rico.

Por suerte, los delegados de Estados Unidos no pudieron estar presentes en el Congreso, dado que uno falleció (R. Anderson, embajador en Bogotá) y el reemplazo, J. Sergeant, no llegó a tiempo.

Por su parte, el primer ministro británico Canning, a decir de Jorge Abelardo Ramos, designó a Mr. Edward J. Dawkins, con precisas instrucciones para enfatizar que el Congreso Anfictiónico debía respetar las leyes marítimas inglesas e impedir a toda costa una confederación encabezada por Estados Unidos. Este último sí estuvo presente en las sesiones, y entre sus influencias negativas se cuenta la insistencia para que Hispanoamérica indemnizara a España por la independencia, además de exigir leer la resolución final antes de ser aprobada por los delegados.

De las élites dominantes de Hispanoamérica provino la otra conspiración para hacer fracasar los objetivos del Congreso de Panamá. Los criollos que constituían la clase explotadora en América hispana, algunos de los cuales se habían opuesto a la independencia de la monarquía española, en un primer momento, o tuvieron una actitud pasiva durante la guerra de independencia, al final fueron los mayores beneficiados pues controlaron el poder político mientras continuaron

sus negocios comerciales, plantaciones o minas explotando trabajo esclavo o en servidumbre.

Los delegados que asistieron no acogieron la propuesta de Bolívar de instaurar un organismo permanente de coordinación política, privilegiando la soberanía de cada estado nacional. Tampoco aceptaron crear una fuerza militar de 60 mil soldados con mando centralizado para enfrentar una posible invasión europea, y se conformaron con formular una cooperación militar.

Rivadavia en Buenos Aires fue reacio a enviar delegados desde el principio. En Chile, la oligarquía había sacado del poder a O´Higgins el más consecuente patriota y no envió delegados. Paraguay tampoco envió a nadie porque ya había iniciado su curso aislacionista y autárquico. Brasil fue invitada pero no hubo delegación oficial. Bolivia no hizo llegar sus delegados.

Estuvieron presentes México, Centroamérica, Perú y Colombia. Pero ya había iniciado la mayor conspiración contra Bolívar y su proyecto desde el corazón mismo del gobierno colombiano por parte del vicepresidente, Santander. No solo había saboteado activamente los criterios de Bolívar para la convocatoria del congreso, como la invitación a Estados Unidos, sino que ya había iniciado la animadversión interna de los cachacos bogotanos contra los venezolanos, en especial contra el general José A. Páez, lo que derivaría en la ruptura de la gran Colombia.

Conspiración de Santander contra el propio Bolívar y que escalaría hasta el intento de asesinarlo en 1828, y en el asesinato vil del Mariscal Antonio José de Sucre, en 1830. Ante el fracaso del Congreso Anfictiónico de Panamá, Simón

Bolívar diría con tristeza: "Su poder será una sombra y sus decretos, consejos, nada más".

Doscientos años de divisiones y traiciones nos tienen postrados ante Estados Unidos

El fracaso del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, el fracaso de la unidad bolivariana como la propuso El Libertador, ha marcado la historia y la vida de las repúblicas hispanoamericanas y por extensión latinoamericanas y caribeñas. Ese fracaso marcó la quiebra de nuestra independencia política y autonomía económica, retrocediendo a la categoría de estados neocoloniales (o semicoloniales) y en algunos casos y momentos se ha retrocedido al estatuto de protectorados o colonias.

Las guerras civiles que azotaron nuestros países a lo largo del siglo XIX y gran parte del XX, son el producto del fracaso del programa político, social y económico de la independencia. Se ha producido lo que Aníbal Quijano llamó la "colonialidad del poder". Es decir, se acabó la colonia con la independencia, pero la estructura de poder se mantuvo igual, siguió mandando la élite criolla, devenida en oligarquía y después en oligarquía financiera.

Unas oligarquías internas muy a gusto con la sumisión y el vasallaje ante los designios del imperialismo norteamericano en un proceso violento de creciente subordinación política y saqueo económico. Durante estos doscientos años, cada vez que emergió con apoyo popular un proyecto político, y un liderazgo acorde, que pretendió recuperar la aspiración bolivariana de unidad e independencia nacional, la alianza de las oligarquías locales con Estados Unidos, los han cortado de manera violenta y sangrienta.

El intento más serio que hubo en años recientes por recuperar la lucha de El Libertador por unidad e independencia lo encabezó el comandante Hugo Chávez, como presidente de la República Bolivariana de Venezuela y a la cabeza de un movimiento que llamó Revolución Bolivariana. Chávez logró a una serie de gobernantes progresistas del continente como Ignacio Lula Da Silva, Dilma Rousseff, Néstor y Cristina Kirchner, Rafael Correa, Evo Morales, etc., para constituir instituciones continentales de unidad como el ALBA, PetroCaribe, la CELAC, etc.

Sin embargo, el proceso de unidad continental fue cortado por la repentina muerte (¿Un magnicidio?) del presidente Chávez, y, finalmente, el llamado Proceso Bolivariano recibió su último tiro de gracia con el ataque militar y secuestro de su sucesor, Nicolás Maduro.

Quienes aspiramos a no ser esclavos del imperialismo anglosajón del norte de América, quienes soñamos con que algún día se materialice en realidad la democracia, las libertades democráticas, los derechos humanos, la independencia nacional, el desarrollo económico humano y sostenible, la autodeterminación de los pueblos, una sociedad más justa y equitativa, desde Latinoamérica y el Caribe, debemos siempre remontarnos a Bolívar y al Congreso de Panamá de 1826, como fuente de inspiración.

Panamá, 21 de mayo de 2026.

Bibliografía

Araúz, Celestino A. y Pizzurno, Patricia G. **El Panamá Colombiano (1821-1903)**. Primer Banco de Ahorros y Diario La Prensa. Panamá, 1983.

Beluche, Olmedo. **Estado, Nación y Clases Sociales en Panamá**. Editorial Portobelo. Pequeño Formato 115. Panamá, 1999.

Beluche, Olmedo. **La verdadera historia de la separación de 1903**. ARTICSA. Panamá, 2003.

Beluche, Olmedo. **Independencia Hispanoamericana y lucha de clases**. ALAS – CLACSO, 2025.

Bolívar, Simón. **Doctrina del Libertador**. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1985.

Gómez, Laureano. **El final de la grandeza**. Editoria Hojas e Ideas. Santa Fe de Bogotá, 1993.

Ramos, Jorge Abelardo. **Historia de la nación latinoamericana**. Editorial Prensa Moderna. Cali, 1986

La conmemoración del Bicentenario del Congreso Anfictiónico organizada por el gobierno panameño ha sido una traición a Simón Bolívar

El gobierno panameño, encabezado por José R. Mulino, con la complicidad de todos los partidos burgueses, y de la mayoría de los gobiernos del continente, ha traicionado una vez más el sueño de Simón Bolívar, pretendiendo hablar en su nombre. Todos los eventos conmemorativos del Bicentenario del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, organizados por el gobierno panameño y su cancillería, han sido una grotesca burla del sueño bolivariano de independencia y unidad latinoamericana.

El evento cumbre consistió en una Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA) que es la encarnación de la Doctrina Monroe (América para el imperialismo yanqui). La OEA es la forma orgánica con que el "monroísmo" imperialista se disfraza para dar la apariencia de unidad continental, pero es una unidad bajo el tutelaje de los Estados Unidos. Desde fines del siglo XIX, ese disfraz de la Doctrina Monroe, se denomina "panamericanismo", término acuñado por el secretario de estado de ese país, James Blaine, para imponer la Unión Panamericana, que pasaría a ser la OEA en 1948, controlada firmemente desde Washington.

"Panamericanismo" es lo opuesto al "bolivarismo" que inspiró al Congreso de Panamá de 1826. El objetivo propuesto por El Libertador, Simón Bolívar, hace 200 años era que las recién independizadas repúblicas hispanoamericanas concretaran un tratado de unidad (confederación) política y militar para defenderse mutuamente de cualquier amenaza a la independencia recién alcanzada. Es decir, el bolivarismo, como doctrina implica unidad para ser independientes de cualquier potencia extranjera, mientras el panamericanismo nos hace supeditados y dependientes de Estados Unidos.

En aquel momento, mediados de la década de 1820, la amenaza a la independencia provenía de Europa, donde las monarquías absolutistas (Rusia, Prusia, Austria y Francia), llamada Santa Alianza, que apoyaron al rey español Fernando VII, con una invasión militar, para aplastar al gobierno liberal que había en España, dirigido por el general Rafael de Riego.

El Trienio Liberal, como la historia conoce los años del gobierno de Riego, limitaron los poderes del rey, restituyendo la Constitución de Cádiz de 1812, y no enviando más expediciones punitivas a América, lo que facilitó concretar las independencias. Pero la restauración de los poderes absolutos del rey español, en 1823, por la llamada Santa Alianza, abría la posibilidad de reenviar expediciones de reconquista a la recién independizada Hispanoamérica.

Estados Unidos no era todavía una amenaza directa, pero Bolívar que era uno de los políticos y estrategas más inteligentes de la época, recelaba de ellos, por lo cual propuso inicialmente que no se le invitara al Congreso de Panamá y, cuando ya otros le habían invitado sin considerar los criterios del Libertador, aceptó con reservas que asistieran como "aliados" ("aliados egoístas", les llamó). Además, propuso

que, ni Estados Unidos, ni Inglaterra (otra aliada), fueran parte de los acuerdos políticos centrales, que solo asistieran a las sesiones públicas del congreso, que trataran sobre comercio y derecho de gentes.

El gobierno norteamericano, presidido por John Q. Adams, a través de su secretario de estado, Henry Clay, ordenó a sus delegados al Congreso de Panamá que impidieran que se transformara en un ente permanente de coordinación, y que solo se limitara a reuniones casuales. Y que tampoco propiciaran el apoyo a la independencia de Cuba y Puerto Rico, islas Caribe que ya Estados Unidos miraban con codicia, ante la imparable decadencia del imperio colonial español. Aunque ellos no pudieron estar por el fallecimiento del principal cuando se dirigía a Panamá.

Esa consigna del "divide y vencerás", inventada por el emperador Julio César hace 2000 años, para someter a los galos, ha sido el centro de la política exterior de Estados Unidos contra América Latina y el Caribe por 200 años.

A partir de la última década del siglo XIX, esa política adoptó la forma de "panamericanismo", ideada por el secretario de estado, James Blaine. En el momento en que el capitalismo norteamericano avanzaba para convertirse en imperialismo, es decir, exportación de capitales financieros para controlar el extractivismo mineral y de productos agrícolas, protegidos por las fuerzas navales de su país, el panamericanismo sirvió de cobertura a dicha operación política, económica y militar.

Se creó el antecedente de la OEA, que fue la Unión Panamericana, con sede en Washington. Desde entonces fue el instrumento privilegiado por Estados Unidos para someter a los gobierno latinoamericanos y caribeños bajo el disfraz

de supuesta "hermandad" continental. Pero mientras los gobiernos lacayos de Latinoamérica se sometían dócilmente, la intelectualidad más potente y valiente de Latinoamérica le hizo frente, denunciando el fraude del panamericanismo y levantando nuevamente las banderas del bolivarismo como proyecto opuesto.

Aunque se considera que el Congreso de Panamá de 1826 fracasó porque sus acuerdos no fueron ratificados, el sueño bolivariano de unidad e independencia nunca se olvidó. A lo largo del siglo XIX, ante cada agresión expansionista de Estados Unidos o de las potencias europeas sobre Hispanoamérica, siempre hubo intentos de retomar el sueño bolivariano de unidad por parte de intelectuales y gobiernos progresistas.

En 1831, México hizo gestiones para retomar el Congreso Anfictiónico. En 1846, en el momento en que Estados Unidos atacaba México para arrebatarle la mitad de su territorio, ahora llamado "oeste americano", se convocó en Lima, Perú, un congreso. En 1856, cuando el filibustero William Walker trataba de anexar Nicaragua a Estados Unidos, Ecuador, Perú y Chile firmaron un tratado de confederación para enfrentar las agresiones extranjeras. Otra convocatoria se hizo en 1861, poco antes de la invasión francesa a México, y en 1864, ante la Guerra hispano–sudamericana.

Cuando se crea el panamericanismo, José Martí fue de los primeros que, al hablar de Nuestra América, por oposición a la de los anglosajones y su Doctrina Monroe, denunció la Primera Conferencia Panamericana (2 de octubre de 1889 al 19 de abril de 1890). Contrario a ese congreso panamericano, Martí propuso reunir a los países latinoamericanos y caribeños para crear una unidad propia sin la amenaza de la tutela de Estados Unidos.

A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, coinciden con la publicación de "Ariel" de José Enrique Rodó (uruguayo), quien señaló la existencia de "dos Américas": la utilitaria Norteamérica, y la nuestra, cuya fuerza residía en lo moral y no en la tecnocracia. El arielismo fue un movimiento intelectual de gran repercusión, en escritores de la talla de Gabriela Mistral, José Vasconcelos, Rufino Blanco, Antonio Caso y Manuel Ugarte, los cuales hicieron frente a las influencias positivistas que presentaban a Latinoamérica como "bárbara" y a Estados Unidos y Europa occidental como la "civilización" por alcanzar.

Manuel Ugarte publicó su libro "El porvenir de la América Hispana", habló de la "Patria Grande", y predicó la creación de una Asociación Latinoamericana (1910–1911). Estas ideas bolivarianas inspiran a muchos de los dirigentes de procesos sociales importantes de la primera y segunda décadas del siglo XX, como lo fue la Revolución Mexicana y el movimiento estudiantil de la Reforma de Córdoba (1918), los cuales enfrentaron la política del "gran garrote" de Teodoro Roosevelt y sus agresiones en toda la región, incluyendo la separación forzada de Panamá de Colombia para imponer un abusivo tratado sobre el canal, en 1903.

No es casualidad que el resurgir del bolivarismo, el latinoamericanismo por oposición al panamericanismo, a inicios del siglo XX, haya crecido junto a movimientos sociales y políticos que maduraban conjuntamente, como el feminismo sufragista, el movimiento obrero sindical y el socialismo que empezaban a cuajar en nuestro continente.

Hace cien años, la lucha contra el panamericanismo imperialista y por la unidad bolivariana continental fructificó en un movimiento político: la Alianza Popular

Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre, que antes había sido dirigente de la Federación de Estudiantes del Perú, relacionado con los dirigentes estudiantiles del movimiento de Córdoba. Haya de la Torre y su movimiento tuvieron gran influencia en la región, incluyendo Panamá, donde vivió un corto período. Junto a Haya de la Torre destacaron Magda Portal, Manuel Seoane, Luis Heysen y Manuel Cox.

El otro movimiento fue la Unión Latino Americana (ULA), propuesta en 1922, por José Ingenieros, quien ya era un reputado intelectual a quien llamaban el "maestro de juventudes", y por Alfredo Palacios, quien había sido un referente del movimiento de Córdoba de 1918, y que se convirtió en el primer diputado socialista del continente. En nombre de ULA, ellos fundaron un boletín titulado "Renovación" donde quedarían plasmadas y se difundirían en todos los países de la región sus ideas. Desde esa tribuna se denunció a la Conferencia Panamericana de Santiago de Chile en 1923.

La parte más épica de ULA y su boletín Renovación se produjo hace cien años con motivo del primer Centenario del Congreso Anfictiónico de Panamá. En 1925, la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP), a través de su presidente, Alberto L. Rodríguez, convocó la realización de un Congreso Estudiantil Hispanoamericano, que debía reunirse en junio de 1926, coincidiendo con la conmemoración del Centenario del Congreso de 1826.

Al parecer el gobierno panameño decidió apropiarse de la convocatoria de la FEP, asumiendo la realización de un evento oficial, convocado por el presidente de la república, Rodolfo Chiari, cuya comisión pasó a presidir Octavio

Méndez Pereira, que era su secretario de Instrucción Pública, es decir, ministro de Educación, el equivalente hoy de la ministra Lucy Molinar.

En el interín, se produjo en Panamá la Huelga Inquilinaria de octubre de 1925, junto con la dura represión lanzada por el gobierno de Rodolfo Chiari, que además pidió la intervención de las tropas norteamericanas para aplastar el movimiento a costa de muertos, heridos, detenidos y deportados.

De manera que ULA, el boletín Renovación y su presidente Alfredo Palacios lanzaron una campaña de solidaridad con el pueblo panameño denunciando la represión y al gobierno de Chiari como cómplice del imperialismo yanqui.

Alfredo Palacios había recibido una carta formal del gobierno panameño invitándole a la conmemoración del Centenario del Congreso Anfictiónico. Palacios rechazó esta invitación públicamente denunciando la represión contra el Movimiento Inquilinario señalando el carácter de colonia del imperialismo yanqui y la actitud indigna del gobierno de Chiari.

Palacios denunció que la conmemoración organizada por el gobierno panameño era "un simple disfraz del imperialismo", al igual que los otros eventos panamericanos que conspiran contra "el porvenir de nuestra raza" al impedir que la tarea espiritual de los latinoamericanos se desarrolle, dejándose dominar pasivamente por la fuerza de su poder material" (Pita, 2016).

A la vez que rechazaba dignamente la invitación al acto oficial del gobierno panameño, Palacios deseaba éxitos al Congreso Estudiantil convocado por la Federación de Estudiantes de Panamá, y su presidente Alfredo l. Rodríguez,

que se encontraba arrestado por el gobierno oligárquico de Chiari y su ministro de Educación Octavio Méndez Pereira. Y en la misma página se publicó la carta enviada por los dirigentes estudiantiles panameños los cuales se encontraban presos por haber participado de la movilización de octubre de 1925, contra el alza de alquileres y contra la intervención de las tropas norteamericanas en Panamá.

El rechazo de Alfredo Palacios al evento organizado por el gobierno panameño dio paso a una larga polémica, en la que intervino Octavio Méndez Pereira quien pretendió argumentar que no lo invitaba "un Gobierno sino una junta de hombres de estudio; y segundo, se le invitaba precisamente para discutir temas y problemas por los cuales usted se interesa". Y agregó Méndez Pereira: "Los sucesos a los que usted alude iniciaron como un movimiento inquilinario..., llegaron a complicarse... por la intromisión de elementos comunistas y, anarquistas extranjeros", justificando con ello el accionar represivo del gobierno de Rodolfo Chiari (Méndez, 2026).

Octavio Méndez Pereira hizo gala de lo peor de la intelectualidad panameña pretendiendo defender no solo al gobierno oligárquico, sino también el accionar de las tropas norteamericanas en octubre de 1925. Méndez Pereira hizo la siguiente vergonzosa declaración: "usted ha de saber que los Estados Unidos están obligados por el Tratado del Canal a garantizar y mantener nuestra soberanía e independencia y que, para ello, pueden intervenir en cualquier punto del país con el fin de restablecer la paz pública y el orden constitucional" (Méndez, 2026).

Ante tanta abyección de Méndez Pereira, Alfredo Palacios le respondió con una segunda carta en que denunciaba la restricción de la soberanía panameña justamente por

el Tratado de 1903, por el cual Estados Unidos no solo interviene en Panamá, sino que puede imponer al gobierno local (como de hecho se dio). Y concluyó, aludiendo al acto organizado por el gobierno panameño, que "es una ofensa a la conmemoración de personajes respetables como Bolívar, quien intentó forjar una unión de esta América, el que el gobierno panameño muestre un fervor tan grande por el panamericanismo" (Pita, 2016).

Cien años después, durante la conmemoración del Bicentenario del Congreso Anfictiónico de Panamá, la historia se ha repetido igual. El gobierno oligárquico de José R. Mulino, que gobierna gracias al beneplácito de la embajada de Estados Unidos, lanzó una dura represión contra el movimiento obrero y sindical panameño en 2025, para imponer una reforma al sistema de jubilaciones. Se han perseguido y encarcelado dirigentes sindicales, asesinado personas en las protestas, se han despedido cerca de 300 docentes por hacer una huelga, todo eso en el año en que se cumplía el centenario del Movimiento Inquilinario de 1925.

La Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, reunida en Panamá el 22 de junio de 2026, para conmemorar el Bicentenario del Congreso Anfictiónico ha tenido como tema central de sus resoluciones el ataque al legítimo derecho del pueblo de la república de Bolivia de protestar contra su gobierno que impone medidas neoliberales que han afectado su vida. La OEA se ha dedicado, en nombre del panamericanismo, es decir, de los intereses de Estados Unidos a cuestionar al pueblo boliviano, venezolano, cubano y nicaragüense en nombre de una supuesta "democracia" tutelada por Washington. Por el contrario, y como una clara ofensa a los principios bolivarianos, la Asamblea General de la OEA y el gobierno panameño no han condenado las

sanciones norteamericanas contra Cuba y el cerco con que Donald Trump quiere matar de hambre a su pueblo; no ha condenado la violación de la soberanía venezolana con el secuestro de su presidente legítimo Nicolás Maduro, y de la diputada Cilia Flores, y el robo de su petróleo por Estados Unidos; tampoco han dicho nada sobre la intromisión de presidente norteamericano en los procesos electorales de Honduras, Perú y Colombia; ni mucho menos de los asesinatos de personas en supuestas "narcolanchas", sin encausamientos judiciales.

José Martí, José Ingenieros, José Enrique Rodó, Magda Portal, Víctor R. Haya de la Torre y tantas otras ilustres personas que han forjado la heroica historia de América Latina y el Caribe, habrían repudiado la conmemoración del Bicentenario del Congreso Anfictiónico que organizó el gobierno de José R. Mulino, como hace cien años lo hizo Alfredo Palacios y la Unión Latino Americana frente al Centenario organizado por el gobierno oligárquico y gringuero de Rodolfo Chiari y su ministro Méndez Pereira.

Panamá, 3 de julio de 2026.

Bibliografía

Beluche, Olmedo. Independencia hispanoamericana y lucha de clases. CIFHU – ALAS. https://libreriacentros.clacso.org/publicacion.php?p=2702&cm=998&oi=

Guerra Vilaboy, Sergio. Diario del Congreso Anfictiónico de Panamá. Cronología de sus antecedentes, desarrollos y resultados. CAF - CLACSO, 2025. En: https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/

Méndez Pereira, Octavio. *Universidad y Nación: Octavio Méndez Pereira y las voces de su época (1920 – 1954).* Compiladora Vilma Chiriboga et. al. Instituto de Investigaciones históricas de la universidad de panamá. 2026.

Pigna, Felipe. José Ingenieros contra el panamericanismo. https://elhistoriador.com.ar/jose-ingenieros-contra-el-panamericanismo/

Pita, Alexandra. Latinoamericanismo versus Panamericanismo. El debate de una red intelectual unionista entorno a la Celebración del Congreso de Panamá (1926) en: Liliana Weinberg (coord.) Historia Comparada de las Américas. Perspectivas de la integración cultural. México: UNAM, IPGH, CIALC, 2016, pp.229-246. ISBN. 978-607-02-8779-4.

Estrategia de Seguridad Nacional EE. UU. 2025. Trump, entre lo que quiere y lo que puede

Con fecha de noviembre de 2025, el gobierno de Donald Trump acaba de publicar su "Estrategia de Seguridad Nacional EE. UU. 2025" (***National Security Strategy of the United States of America. November 2025***. Traducción de la Asociación Lázaro Cárdenas y la Asociación Asturiana de Amistad con los Pueblos).

Es un documento que hay que tomarlo en serio porque demuestra que, aunque los gestos del actual presidente norteamericano son grotescos y vulgares muchas veces, estamos ante un proyecto serio de reconfiguración del orden mundial en muchos aspectos distinto a lo que veníamos viendo en los últimos 30 o 40 años.

El único principio en política internacional: el interés nacional de EE. UU.

Contrariando los sentimientos de liberales y socialdemócratas, el nuevo orden mundial al que aspira Trump manda a la sepultura: la globalización neoliberal, que es reemplazada por neoproteccionismo y reindustrialización estadounidense; y al "derecho internacional", que es reemplazado por un realismo político descarnado en el que los "intereses de Estados Unidos" deben imponerse por cualquier medio, diplomático, económico o militar.

Se sabe que desde la Segunda Guerra Mundial la apelación del imperialismo norteamericano al "derecho internacional" o a los "derechos humanos", o a instituciones como las Naciones Unidas, lo eran a conveniencia, pero la diferencia ahora es que la "Estrategia" renuncia al lenguaje edulcorado e hipócrita, apelando sin tapujo a que el "propósito de la política exterior es la protección de los intereses nacionales fundamentales..., los asuntos de otros países son nuestra preocupación solo si sus actividades amenazan directamente nuestros intereses".

En ciertas partes del documento parece una versión 2.0 del Destino Manifiesto cuando pretende justificar toda su política internacional apelando a la defensa de los "derechos naturales otorgados por Dios a sus ciudadanos". En dos palabras, dice más adelante: "*America First*".

El final de la globalización como la conocimos

El documento habla de "No Intervencionismo", que ha prevalecido en diversas coyunturas de la historia norteamericana, como al inicio de la Primera y Segunda Guerras Mundiales. Pero el imperialismo yanqui siempre ha intervenido cuando calcula que le conviene. Por otra parte, habla "reequilibrio de las cargas" como política hacia los aliados militares, es decir que Europa o sus aliados del Indo-Pacífico paguen los costos de defensa mutuos, como los aumentos al 5 % del PIB de los presupuestos militares de los países de la OTAN.

Culpa a las élites norteamericanas de "cargar para siempre las cargas globales", haciendo apuestas por el "libre comercio", que debilitaron a la clase media y la industria de Estados Unidos. Para frenar ese curso propone que "La Era de la Migración Masiva ha Terminado", por un lado; mientras que,

por otro, debe haber la "seguridad económica" a través de un "comercio equilibrado" en el que la prioridad sea: "nuestras propias industrias", el "acceso a las cadenas de suministros" de materias primas, y la "reindustrialización" declarando que "el futuro pertenece a los fabricantes".

Doctrina Monroe y corolario Trump

Hace un año, cuando en el marco de la conmemoración de los 35 años de la última invasión norteamericana a Panamá, el 20 de diciembre de 1989, Donald Trump lanzó sus ataques contra nuestro país aduciendo que nos habían "regalado el Canal de Panamá" y que se lo habíamos traspasado a China, que es quien lo administraba, según él decía. En ese momento muchos creyeron que, por lo absurdo de las declaraciones, estábamos ante "una locura" pasajera del presidente yanqui.

Nos tocó advertir que estábamos ante una "actualización" *(update)* de la "Doctrina Monroe" ("América para los americanos") por parte de Donald Trump, esta vez dirigida contra China y su creciente presencia en Panamá luego del restablecimiento de relaciones diplomáticas en 2017. La Doctrina Monroe ha sido la política permanente de Estados Unidos hacia América Latina y El Caribe desde que fue promulgada en 1823, tratándonos como su "patio trasero" en el que otras potencias solo son admitidas con limitaciones o no lo son en absoluto.

Esa doctrina ha tenido sus actualizaciones (corolarios) de acuerdo a cómo ha evolucionado la situación: hacia 1845, cuando se pretendía la anexión de Texas y se planeaba arrebatarle a México la California, se emitió la Doctrina del Destino Manifiesto, por la cual se decía que Dios había encargado a ese país llevar la "civilización" a esos pueblos del oeste (mexicanos e indígenas); en 1880, cuando una

empresa francesa inició la construcción del Canal de Panamá, el presidente Rutherford B. Hayes emitió su corolario, por el cual estableció que tenían que tener injerencia en cualquier canal que se hiciera en Centroamérica; en 1904, Teodoro Roosevelt completó su política del "gran garrote" con su propio corolario, por el cual se "justificaba" la ocupación de nuestros países si eran administrados por gobiernos "irresponsables".

En la postguerra y durante la "Guerra Fría" con la Unión Soviética esa doctrina adquirió la forma de "Doctrina de la Seguridad Nacional", acusando a todo movimiento o crítica al control imperial del subcontinente, como influencia comunista de la URSS. Ahora estamos ante la actualización que hace Donald Trump.

Así se demostró en febrero de 2025, cuando el secretario de Estado Marco Rubio se dirigió a Panamá como primer país a visitar. En ese vieje, Rubio logró que el pusilánime gobierno panameño de José R. Mulino, rompiera el "Acuerdo de la Seda" (comercial) con China, y que amenazara con quitarle los puertos panameños controlados por empresas chinas.

Unas semanas después se completaría la traición de Mulino y la política de Trump para Panamá con el viaje del secretario de Defensa, Peter Hegseth, que logró un Memorando de Entendimiento por el cual se le restituyeron a EE. UU. tres bases militares adyacentes al Canal de Panamá. Incluido un acuerdo secreto para el paso de buques de la armada norteamericana de manera gratuita por el canal.

Ahora la Estrategia de Seguridad Nacional reconoce abiertamente que estamos ante una actualización de la Doctrina Monroe, que ha pasado a llamarse "Corolario

Trump", y que dice como una clara amenaza no solo a Panamá sino para toda Latinoamérica: "*Negaremos a los competidores no hemisféricos la capacidad de posicionar fuerzas u otras capacidades amenazantes, o poseer o controlar activos estratégicamente vitales, en nuestro Hemisferio*".

Sobre el "Hemisferio", es decir, el continente americano, el documento dice de manera descarada que a sus competidores (léase China, Rusia o Irán) se les impedirá que posean intereses estratégicos (puertos, minas, contratos públicos, etc.) y que "reclutará" amigos y se "expandirá" hacia gobiernos no tan amigos, convenciéndolos de que "nos vean como socios de primera elección, y (a través de varios medios) desalentaremos su colaboración con otros" (estados).

Venezuela primera víctima de la Doctrina Monroe del siglo XXI

Donald Trump tiene como propósito concreto de la aplicación de su doctrina para Latinoamérica la homogenización política hacia la extrema derecha de los gobiernos de la región. Para hacerlo cumplir: sanciona con aranceles a Brasil exigiendo la libertad de Bolsonaro, condenado por golpista; apoya abiertamente candidatos de derecha en las elecciones de Bolivia y Honduras; sanciona a Petro; insinúa que podría atacar los "carteles" mexicanos en México, etc.

Pero las mayores joyas políticas a las que aspira Trump es producir un vuelco completo con el derrocamiento del gobierno de Maduro, en la República Bolivariana de Venezuela, lo que de carambola completaría el aislamiento y deseada caída del gobierno del Partido Comunista en Cuba, tras más de 60 años de agresión política y económica constante. La ofensiva contra Venezuela es seria: un despliegue de portaviones, acorazados y submarinos en el

Caribe frente a sus costas; la declaración de un cerco naval completo a sus buques petroleros; la amenaza de incursiones por tierra que darían continuidad a los ataques a pequeñas embarcaciones en acusadas sin pruebas de narcotráfico, en la que han muerto cerca de cien personas.

Parece inminente un escalamiento de la agresión imperialista contra Venezuela y su gobierno, aunque es evidente que una invasión semejante a la que se produjo en Panamá hace 36 años no sería muy viable y dudosamente exitosa, por lo enorme del país y su población, y por la tradición antiimperialista de su pueblo que, además, contaría con la solidaridad continental. Probablemente apretarán el cerco con la esperanza de una fisura a lo interno del gobierno bolivariano. ¿Se atreverá Trump a cometer un magnicidio?

Una cosa es lo que Trump quiere, otra lo que puede o podrá hacer

La Estrategia de Seguridad Nacional 2025 no descuida un aspecto que Gramsci señalaba como esencial para ejercer la dominación o hegemonía: el elemento cultural. Los gringos, por supuesto, le llaman el "*softpower*", "a través del cual ejercemos influencia positiva en todo el mundo que promueve nuestros intereses".

Estamos hablando aquí desde el control de los grandes medios de comunicación de masas, que construyen los relatos (ideologías) que se necesitan, así como las industrias culturales, tienen a Hollywood como lo más emblemático, la música, la ciencia y la tecnología. Sin embargo, la "Estrategia" pasa por alto un elemento central: que gran parte de la humanidad ya no se traga acríticamente los valores culturales fabricados desde ese centro de "poder blando". Gran parte de la humanidad, medianamente culta, incluyendo

la población norteamericana, ya descreía del discurso hipócrita de "demócratas", como Joe Biden o Kamala Harris, que justificaban su política imperialista disfrazándola de defensa de la democracia y la libertad. Ahora que el discurso tosco y grosero de Trump deja ver su verdadero rostro imperialista, fascista y racista, mucho menos creíble lo será.

Evidencia de ello han sido los millones que han salido a las calles de todo el mundo para denunciar el genocidio de los fascistas judíos contra el pueblo de Gaza, pese a la persecución montada en Europa y EE. UU. contra profesores y estudiantes universitarios que han denunciado al sionismo. Los millones que han salido a las calles de todas las ciudades importantes de ese país para decirle a Trump que no quieren un rey.

La propia agresión exacerbada contra Venezuela está provocando una respuesta cultural en toda Latinoamérica: el resurgimiento del "bolivarismo", la aspiración a que luchemos juntos nuestros países para defender nuestra independencia y soberanía frente al imperio de norte.

Finalmente, una consideración económica sobre la Estrategia. ¿qué efecto tendrá el cese del flujo migratorio sobre los salarios en EE. UU.? La ley de oferta y demanda establece que, a menor oferta de fuerza de trabajo, lo salarios tienden a subir y por ende los costos de producción.

Por esa razón, contrario a lo que afirma Trump, la industria norteamericana ha promovido en varias ocasiones migraciones masivas para sostener el crecimiento económico con abundancia de fuerza de trabajo.

¿Menor migración producirá mayores costos de producción? Si es así, las manufacturas de EE. UU. serán más caras en el

mercado mundial y no podrán competir con las de China, lo cual conlleva una pérdida de la competitividad que se quiere evitar. Esas son las contradicciones insolubles del sistema capitalista por eso no tiene salvación, por más "estrategias" que planee Trump.

Panamá, 17 de diciembre de 2025.

“El Congreso de Panamá fue la culminación del sueño bolivariano y, al mismo tiempo, el inicio de su derrota.”

A doscientos años del Congreso Anfictiónico de Panamá, las ideas de Simón Bolívar siguen interpelando el presente de América Latina. Su llamado a la unidad no fue solo un sueño romántico ni una consigna idealista: fue una propuesta política concreta para proteger la independencia recién conquistada, fortalecer las nuevas repúblicas y enfrentar las amenazas que ya se proyectaban sobre el continente.

En *El sueño inconcluso de Bolívar*, Beluche reúne una serie de ensayos que recorren momentos clave del pensamiento bolivariano: la *Carta de Jamaica*, la convocatoria del Congreso de Panamá de 1826, las tensiones entre unidad y fragmentación, el papel histórico del Istmo y la vigencia de aquella aspiración continental frente a las nuevas formas de dominación.

Con una mirada crítica, histórica y política, este libro invita a leer el bicentenario no como una fecha ceremonial, sino como una oportunidad para volver sobre una pregunta esencial: ¿por qué fracasó aquel proyecto de unidad y qué sentido conserva hoy para los pueblos latinoamericanos?

A través de estos textos, Beluche enlaza pasado y presente, independencia y soberanía, Bolívar y Panamá, para recordarnos que la unidad latinoamericana sigue siendo una tarea pendiente.

SOBRE EL AUTOR

Olmedo Beluche es sociólogo, historiador, ensayista y profesor panameño. Ha dedicado parte importante de su obra al estudio de la independencia hispanoamericana, el pensamiento bolivariano, la formación social de Panamá y las luchas políticas de América Latina.

ISBN: 978-9962-28-247-1